

Vic Peterson

EL CASO DEL BUSCADOR SINIESTRO

Las sensaciones puramente animales, las percibía plenamente. Y podía proyectar sobre su pantalla cerebral, cuantas vicisitudes físicas había atravesado, desde el momento en que surgió aquel inmenso volcán que convirtió la colina en un dantesco crepitar de cohetes, llamas y explosiones.

Desde aquel mismo momento, en que parecieron aunarse con salvaje frenesí todas las potencias destructoras imaginadas por el hombre, recordaba perfectamente cuanto le había sucedido.

Los aviones en vuelo rasante, bramando con férreos aullidos, parecían querer embestir las baterías artilleras, mientras los lanzaminas, los morteros y los cohetes en quíntuple latigazo, fustigaban cielo y tierra.



Vic Peterson

El caso del buscador siniestro

Detective - 20

ePub r1.0
LDS 17.02.19

Título original: *SINISTER SEARCH*
Vic Peterson, 1953
Traducción: JOSÉ HERRERA
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El caso
del buscador
siniestro
por
VIC PETERSON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Las sensaciones puramente animales, las percibía plenamente. Y podía proyectar sobre su pantalla cerebral, cuantas vicisitudes físicas había atravesado, desde el momento en que surgió aquel inmenso volcán que convirtió la colina en un dantesco crepitar de cohetes, llamas y explosiones.

Desde aquel mismo momento, en que parecieron aunarse con salvaje frenesí todas las potencias destructoras imaginadas por el hombre, recordaba perfectamente cuanto le había sucedido.

Los aviones en vuelo rasante, bramando con férreos aullidos, parecían querer embestir las baterías artilleras, mientras los lanzaminas, los morteros y los cohetes en quíntuple latigazo, fustigaban cielo y tierra.

Y ellos, los grotescos hombrecitos, corrían de un lado a otro, y cuando se truncaba su carrera, quedaban en extrañas posturas. La colina era una pavesa gigantesca, y él corría siempre hacia lo alto.

Ésta había sido la orden recibida. No es que a él le importaran mucho las órdenes, pero en aquel infierno tuvo un atisbo de sensatez especial.

Pretender buscar un escondite era absurdo. La paradójica salvación estaba en continuar corriendo hacia lo alto, hacia el cráter mismo del volcán, donde aquellos seres de faces mongólicas, entre los chorros de los lanzallamas, adquirían de pronto proporciones diabólicas.

Cuanto antes llegara a lo alto, antes terminaría aquella infernal carrera de obstáculos, en que no sabía si tropezaba con cadáveres que poco antes, en pie, aguardaban con él dentro de unas zanjas, el momento de salir al asalto de la colina, o tropezaba con carcasas al rojo vivo de aviones estrellados.

Tenía que terminar pronto y por esto disparaba, se revolvía como una bestia enloquecida, dando puntapiés, culatazos y hasta mordiscos. Hacía ya minutos que lanzara la última granada y había perdido contacto con los de su escuadra.

Pero seguía avanzando, hasta que creyó que un fotógrafo suicida le quería retratar en primer plano, iluminándole en blanco con un repentino fogonazo de magnesio.

Sintió en la boca un terroso sabor, pero hasta la tierra de aquella colina estaba impregnada de pólvora. Después, una calma absoluta invadió su fatigado cuerpo.

Los pulmones ya no resollaban al borde del estallido, y su garganta no le escocía. Empezó a mecerse, y le constaba que se había separado de la tierra.

Era una camilla. Estaba herido, y lo trasladaban al primer puesto de urgencia.

No… Le trataban mucho mejor. Sin verlo, sabía que aquel ascensor era un autogiro. No había ascensores en Corea.

Y seguía sin ver nada. Tenía sobre el rostro un refrescante lienzo. Resultaba agradable dormitar a intervalos.

Después volvió a mecerse, pero con los pies más altos que la cabeza cubierta. Y oyó el lúgubre quejido de la sirena. Un barco hospital.

Y de nuevo, la calma absoluta. Alguien que a su lado decía:

—Todo un héroe, sargento Mortimer.

Muy bien. Resultaba pues, que el sargento Larry Mortimer era todo un héroe. ¿Por qué? ¿Porque corrió hacia lo alto de una colina?

Notó un alfilerazo en la base de la columna vertebral. Unas manos firmes pero no bruscas, le habían obligado a sentarse. Siempre con aquel lienzo refrescante en la cara.

Una inyección raquídea. Lo anestesiaban. Y se durmió con gran satisfacción.

Resumiendo pues, se daba físicamente cuenta de que el sargento Larry Mortimer, corriendo hacia el cráter, había sido herido. Que desde una camilla pasó a un autogiro, y de éste a un «*jeep*», desde el que le subieron a uno de los blanquísimos transportes hospital.

¿A cuál de ellos? ¿Al que anclaba permanentemente, sin moverse de las quietas aguas inviolables de la bahía coreana? ¿Al

que llevaba los heridos al campamento clínico de convalescencia, instalado en una isla japonesa? ¿Al que devolvía mutilados a su lugar de origen?

Le parecía que llevaba muchos días amodorrado, siendo atendido en todos sus físicos deseos por gente muy amable. ¿Le devolvían, pues a San Francisco, su ciudad natal?

No era esto lo horrible. Ya sabría componérselas, si por azar de guerra volvía a «Frisco». Lo horrible era que, por más que se esforzaba, no tenía la menor idea de cuál era su vida, la existencia de Larry Mortimer, antes de aquel fugaz momento en que los oficiales hicieron la señal de abandonar las zanjas, y empezar a correr siempre hacia delante.

Entre los labios acababan de colocarle de nuevo aquel tubo de cristal. Aspiró por sí mismo, y una voz masculina, comentó:

—Magnífico sargento Mortimer. Creo que ya está usted en condiciones de charlar un rato con el doctor Faraway. Voy a avisarle.

Por fin lo había conseguido. Había abierto los ojos, pero todo era negro frente a él, aunque por las sienes vislumbraba blancores.

Y una tirantez extraña le tensaba toda la piel del rostro. Apoyó los codos y logró incorporarse. Quería ponerse en pie, porque toda su espalda desde la nuca hasta el entronque de los glúteos, era un hormigueo.

Se giró a un lado, y el extremo de sus pies tocó el suelo. A tientas buscó algo en qué asirse. Permaneció sentado, y una mano se apoyó en su hombro.

La voz que muchas veces oyó, entre modorras y letargos, decía:

—No tenga tanta prisa, Mortimer. La colina ya ha sido tomada, y ahora tiene que irse readaptando. Soy el doctor Faraway, y me alegra darle una buena noticia. Está usted camino de su casa.

Se llevó una mano al rostro, y palpó con recelo. El médico dejó oír una risa profunda, profesional.

—No sea curioso, Mortimer. Usted pregúnteme, sin el menor reparo. Para eso estoy aquí.

—No… consigo ver nada con claridad. Todo muy turbio, doctor.

—Gafas negras, Mortimer. Las tendrá que llevar algún tiempo. Son especialmente graduadas. Sus ojos no han sufrido el menor daño, ni hay lesión óptica. Aleje pues todo temor. Volverá a ver

magníficamente bien, y a poco de llegar a su casa.

—¿Qué llevo aquí?

Con un dedo, el herido tocó sus sienes, sus pómulos, la parte alta de su nariz…

—Esparadrapo. Hace apenas dos horas, le hicimos la última cura. Tiene las suturas espléndidas, y ya no habrá que levantar los apósitos, hasta dentro de unos días. En su casa, ya recibirán instrucciones para hacerlo, sin necesidad siquiera de médico. Ha tenido una suerte increíble, Mortimer. Y Waltzin acertó. El hombre estaba muy contento de sí mismo.

—¿Waltzin?

—El cirujano plástico. Le recompuso la carne magullada, en una operación admirable. No estaba usted desfigurado, ni mucho menos, pero se necesitaba una mano hábil. La tuvo Waltzin. Había metralla incrustada, y unas esquirlas de hueso. Pues bien… Cuando en su casa le levanten el apósito, se maravillará usted. Casi no habrá rastros. Naturalmente, ahora, notará usted ciertas anomalías.

—¡Sí…! ¿Qué pasa aquí dentro? —Y el convaleciente se dió unas palmadas sobre los negros cabellos enredados y espesos.

De nuevo la risa profesional, tranquilizadora, convencionalmente bonachona.

—A todos los heridos de rostro les pasa lo mismo. Tardan en carburar, amigo Mortimer. Y empiezan a creerse locos o amnésicos. El cuerpo es un engranaje perfecto, Mortimer. Es como un coche de buena marca el suyo, Mortimer. Cada pieza espléndidamente fabricada. Ahora bien, suponga que un coche da un choque. Alguna de las piezas, al quedar un poco abollada, entorpece el buen funcionamiento de las restantes. Pero usted, desde este garaje, pasará al mejor taller de reparaciones. Su hogar, querido muchacho.

—No recuerdo nada, doctor. Nada en absoluto, salvo la colina.

—Y no se esfuerce en querer calentar el radiador antes de tiempo. Todo volverá a funcionar normalmente, apenas pise el suelo hogareño. Usted es un atlético muchacho, un héroe, y su familia se sentirá orgullosa de acogerle y mimarle. Basta de charla. Vuelva a tenderse, y ya queda menos. Un poco de paciencia, y funcionará normalmente toda la máquina. ¡Una soberbia máquina la suya, Larry!

—Creo que empiezo a ver, doctor.

—Las gafas son especiales, y se las quitarán al mismo tiempo que esta especie de antifaz blanco. Las pupilas deben ir acostumbrándose de nuevo a la luz, porque sufrieron un deslumbramiento por la cercana explosión de la granada. Y no se mortifique pensando en locuras, amnesias y cegueras. Usted no es una niña quejumbrosa. Y le doy mi palabra de honor de hombre y profesional, que no le estoy mintiendo, Larry Mortimer. Antes de una semana, estará usted plenamente normal.

—Entonces… si estoy normal ¿por qué me devuelven a casa?

—Contaba con la pregunta. Vamos progresando, Larry. Le devuelven a su casa por dos razones sencillísimas: la primera, que disfruta usted de una licencia de convaleciente de un mes, y la segunda razón, es que dentro de ocho días, termina su enrol de dos años, como voluntario. Más tarde, usted renovará su solicitud de ingreso, o continuará en la vida civil a su elección. Hasta luego, Larry.

Larry Mortimer se acomodó en la postura semitendida en que le dejó el doctor. Comprendía ahora perfectamente por qué no recordaba nada, salvo las sensaciones puramente animales e instintivas.

Era lo normal, afirmaba el doctor. Y era sincero en su juramento. Le devolvería la normalidad la vuelta a su hogar…

¿Su hogar? ¿Quiénes lo componían? Se extrañó, porque acababa de oír una ronca risita burlona.

Tendió el oído. No había nadie más que él en aquella habitación. Empezaba a vislumbrar contornos a través de los dos discos negros encajados entre las tiras de adhesiva.

Un camarote pequeño, uno de tantos dormitorios del flotante hospital. Camarote de «distinguido», y agradecía aquel aburrimiento solitario.

No quería oír a nadie, hasta que no lograse poner orden en sus pensamientos. Era él quien había reído burlonamente al pensar en el hogar. ¿Por qué? ¿Por qué era tan salvaje que se reía de lo más sagrado, de la única verdad del mundo, el hogar nativo o el que uno se forja…?

Sé mordió los labios con furia, porque volvía a reírse cínicamente al crearse mentalmente en su obscuridad cerebral la palabra «hogar».

Era preferible pensar en algo que no le doliera. Algo que no despertara en él, cínicas risitas estúpidas…

¿Pensar en qué? No debía esforzarse. Pronto recuperaría la normal «carburación», había jurado el doctor Faraway.

Se durmió, y su despertar fué físicamente agradable. Olía a café y a pan tostado. Y los discos negros le transparentaban la silueta blanca del enfermero.

—Buenos días, sargento. Ha dormido usted de un tirón, y sin necesidad de inyectarle. Será la proximidad de «Frisco». Tiene usted más suerte que muchos de a bordo. Usted reside en el mismo puerto de llegada, sargento.

—Suerte que tiene uno. ¿Quieres traerme un espejo?

—Este mismo le servirá, sargento. Lo tenía ya preparado sobre la mesita, y lo retiré de su propio equipaje.

El clásico espejo redondo, portable, fácil de suspender en cualquier sitio, con dos caras: la que devolvía la normal, y la que aumentaba.

Larry Mortimer, ayudado por el enfermero, se sentó al borde de la cama. Tendió la mano hacia la taza de café, mientras conservaba en la zurda el espejo asido por el mango plegable, sin mirarse aún.

Prefería estar a solas, y debió comprenderlo el enfermero, que abandonó la cabina.

Fue saboreando lentamente el café, sin añadirle leche. Mordió con apetito varias tostadas untuosas y crujientes. Continuaba empuñando el espejo, pero manteniéndolo sobre su muslo.

Debía ser estremecedor ir volviendo a la normalidad, recordar quién era, su pasado… ¿Estremecedor? Era curioso que el pensar en aquel pasado que no recordaba, en vez de producirle satisfacción, le daba miedo.

Eso era. Tenía miedo de recordar. ¿Miedo de qué y de quién? Dos nombres fueron escribiéndose letra a letra en la cinta cerebral, como los anuncios luminosos que parecían telegrafiar lejanas noticias.

«Teresa Holden».

Dos nombres muy claros, que iban constantemente desfilando por su cerebro lleno de nieblas.

¿Quién era Teresa Holden? ¿Por qué aquellos dos nombres le

daban un escalofrío rencoroso, apasionado? Era preciso tener calma, esperar con paciencia la vuelta a la normalidad.

Alzó con repentino impulso el espejo.

Se destacaban los dos discos negros en aquel antifaz de blanco esparadrapo que le surcaba la parte superior del rostro, de patilla a patilla.

Un cabello muy negro, rizoso, espeso, enmarañado… y aquella barba completamente anticuada, porque el pelo había crecido libremente sin el menor retoque de navaja.

Resultaba un mascarón, o también la verdadera imagen de un veterano combatiente. Un alistamiento de dos años, voluntario para Corea. ¿Cómo se le ocurrió alistarse voluntario…?

«TERESA HOLDEN».

De nuevo los dos nombres desfilando letra por letra, y apenas dibujaba la última letra del apellido, aparecía la primera del nombre…

Se levantó, para permanecer unos instantes tambaleándose. Había visto los dos bastones cruzándose sobre el próximo sillón. Readaptarse. Y empezó a pasear el estrecho espacio, apoyándose con fuerza en los dos bastones, de codera auxiliar.

Era natural que estuviera un poco torpe, tras la prolongada estancia en la cama. Pero todo su sistema muscular respondía bien. Salvo la memoria del pasado, todo funcionaba bien.

Se detuvo erecto, crispado. Repetíase en su cerebro el apellido Holden, pero ahora no era el nombre femenino el que se anticipaba, sino uno masculino, y casi rechinó los dientes.

—Gavin, Gavin —silbo, entre las apretadas mandíbulas.

Un nombre que le producía ronquera, y ardor en la garganta. ¡Gavin Holden! Ése era el hombre al que tenía que matar… porque era un cobarde «gángster» moderno. ¿«Gángster»? ¿Qué aspecto tenía Gavin Holden?

Volvió a sentarse. El enfermero le había dicho que estaban ya casi de arribada al puerto, su ciudad natal, cuna también de la mayor parte del batallón que atacó la colina…

Y en San Francisco, pronto sabría quién era y dónde estaba Gavin Holden. Y por qué dos Holden, hombre y mujer, era todo lo que recordaba de su pasado el sargento Larry Mortimer.

Pero sólo dos nombres: Teresa y Gavin. Y un apellido común: Holden. Volvió a tenderse hacia atrás. No tenía siquiera ganas de hurgar en su sacocha militar.

En su casa, los Mortimer que no recordaba ni siquiera vagamente, le irían ayudando a volver a la normalidad.

Se durmió, y poco a poco, se sumió también en la densa niebla el doble chisporrotear del apellido, pero persistió venciendo al femenino, el nombre de Gavin.

Un cobarde al que tenía que matar.

CAPÍTULO II

—Dentro de media hora, ha dicho el piloto, atracaremos, Mortimer —anunció el doctor Faraway—. Ustedes tienen la preferencia, y nadie les molestará. Las autoridades del puerto, han dispuesto que un espacio quede reservado a los familiares de los gloriosos héroes. Y lo dicho, Larry Mortimer; tómelo con calma, que yo le garantizo que volverá pronto a la perfecta normalidad. Además, sus familiares, han recibido por correo aéreo las instrucciones pertinentes a su caso. He de atender a otros muchachos, Mortimer. Adiós, o hasta la vista, y buena suerte.

Larry Mortimer estrechó la mano tendida. No necesitaba ya los dos bastones, y se aproximó al lavabo, en cuyo espejo se contempló, pasándose los dedos por la ensortijada barba.

Cogió unas tijeras y empezó a recortarse las pilosidades, para proceder al afeitado. Mientras se enjabonaba, volvió a meditar en su infructuoso registro del equipaje.

No había una sola fotografía, aparte su carnet de identidad, con la fotografía y huellas dactilares. Las señas eran las suyas: cabello negro, frente despejada, nariz recta, ojos azules. El color de sus ojos según daba la luz en los discos cristalinos, era densamente azul.

Boca firme, mentón hendido, eso lo fué descubriendo el afeitado. «Incisivo derecho de oro», lo miró en rictus burlón.

Francamente, no se gustaba a sí mismo el sargento Larry Mortimer. ¿Eran los dos años de guerra implacable los que le habían hecho rudo y cínico?

Se pasó el cepillo tras vaporizarse con brillantina los cabellos. En el saco de equipaje del sargento Mortimer no había cartas de ternura familiar, ni siquiera de acreedores, pero no faltaban detalles demostrativos de que gustaba acicalarse.

Vaporizador de brillantina, estuche de manicura, un traje de seda gris, camisas de seda, ropa interior del mismo género, zapatos de tafilete…

Titubeó unos instantes. Era libre de usar ropa de paisano, con el distintivo de condecoración «al valor individual». Fue revistiendo el equipo militar de paseo.

Le quedaba bien la cazadora, con aquella camisa y corbata del mismo color. Quedaba romántico… y misterioso.

El barco transporte trepidaba en las últimas revoluciones de turbinas y bielas. Se oían músicas marciales, gritos, disparos de fuegos artificiales…

Larry Mortimer se encogió de hombros. Volvía a su ciudad natal, su familia le esperaba, y sin embargo… sólo pensaba en que no volvería a sentir aprecio por nada, hasta que no hubiera matado a Gavin Holden.

En cubierta a babor se apiñaban los pasajeros, y en el entrepuente, camillas cuyos ocupantes trataban de adoptar un aspecto marcial.

Un espacio en el largo muelle, ostentaba varias pancartas con la indicación:

«RESERVADOS FAMILIARES».

Larry Mortimer con el saco a su lado, permaneció esperando mientras los primeros desembarcados, apenas tocaban tierra, corrían hacia el espacio reservado a familiares.

Algunos apoyándose en muletas, otros en hombros de compañeros. Y se fundían en apretados abrazos, bañados los rostros en lágrimas de alegría…

Larry Mortimer fue esperando a que se despejaran los grupos, y entonces bajó lentamente. En el espacio reservado a familiares habían ya transportado las camillas con plataforma de grúa.

Y sólo había tres personas esperando… Dos mujeres y un hombre. Le miraban… con temor.

Eso era… Mientras se aproximaba, lo sabía discernir perfectamente. Era temor la expresión que intentaban disimular los tres rostros.

Siguió avanzando, pausadamente. Aquellas dos mujeres no le suscitaban el menor sentimiento afectuoso. Y el individuo le

inspiraba deseos de pegar…

El individuo, alto, corpulento, canoso, tenía los rasgos achatados de un boxeador.

Se cogía de su brazo, una mujer pequeña, pero muy gruesa. Un poco apartada permanecía una muchacha esbelta, trigueña, cuyos labios tenían un leve temblor.

Cuando Larry Mortimer distaba dos pasos del grupo, se detuvo. El individuo, desprendiéndose del brazo de la mujer pequeña y gruesa, forzó un ademán cordial:

—Hola, Larry. Bienvenido. Hemos Recibido la carta con las instrucciones del médico. Sabemos ya que todo ha ido bien, y que sólo se trata de volver a recordar.

La mujer pareció querer llorar, pero hipó agudamente:

—Es impresionante esta máscara, Larry.

Larry Mortimer miró a la muchacha. El individuo apremió:

—Saluda a tu hermano, pronto, Jessica.

Jessica Mortimer inclinó la cabeza, secamente. Larry Mortimer dejó que el fornido desconocido le cogiera el saco de equipaje. Masculló:

—Ya que habéis leído la carta del médico, es porque sois mi familia.

—Estarás bien atendido, Larry. Tu tía te aprecia mucho…

—¿Ésta es mi tía? —preguntó él, mordiendo las palabras.

—Rosa Mortimer, la hermana de tu mamá, que en paz descanse.

—Será ridículo, grotesco y desagradable, pero no tengo la menor idea de todo esto. Lo siento, Rosa.

Ella rió nerviosamente, y señaló un punto indefinido.

—Vamos al coche. Larry. El día es bueno, y llegaremos cómodamente a Pinar Nevado.

Las dos mujeres echaron a andar, atravesando grupos donde todo eran exclamaciones, bullicio, preguntas, bromas…

Larry Mortimer tocó con el codo en el costado del que le precedía en medio metro:

—Rosa es la hermana de mi madre, y Jessica mi hermana. ¿Usted, quién demonios es?

Fue evidente que el hombre tuvo que hacer un esfuerzo para tratar de dar campechanía a su risa. Y en sus ojos pardos, huidizos, hubo de nuevo un temor insano, irreprimible.

—Soy el viejo Joe Mortimer, Larry. Tu… padre.

Larry Mortimer sintió que algo en su garganta se contraía. Siguió andando en pos de aquel hombre que le inspiraba repulsión… y que era su propio padre.

De aquellos tres desconocidos, sólo Jessica le resultaba soportable. Al menos ella no estaba tan abyectamente asustada. ¿Asustada, de qué? ¿No volvían a ver a un familiar, que era además un héroe, como lo pregonaba la cintita blanquiazul bajo el redondo disco de oro, en su pecho? «Al valor individual»…

El coche era un «Studebaker» algo pasado de tipo. Resto de serie. Tenía la parte de atrás, transformable. Debía servir para transportar cargas.

Resultó curioso que sólo cuando se hubo sentado, comprobó Larry Mortimer que las dos mujeres estaban incómodas, sentadas en el asiento delantero, junto a Joe Mortimer, que puso en marcha.

Larry Mortimer sentado atrás, solo, se abanicó con la gorra. Hacía calor. Junio asaetaba el asfalto de la gran urbe.

Reconocía los edificios, las Hill, el aéreo, la isla de Alcatraz… ¿Alcatraz? Sí, mundialmente conocido… Alcatraz, el presidio. ¿Por qué, al mirar la isla y su edificación simétrica, se había estremecido?

El «Studebaker» viró hacia el cruce del sur, atravesando el Sunset District, dejando atrás a su izquierda, el casco céntrico.

¿Pinar Nevado? Miró la nuca grácil, de cabellos color miel. La muchacha mantenía la cabeza erguida. Jessica Mortimer, su hermana… ¿Era posible? Tenía que estar muy enfermo, mucho más de lo que suponía el médico, o era un monstruo…

No sentía el menor impulso de ternura… ni tampoco ellos. Era patente. Y aquel silencio, estaba henchido de temor…

—Ésta es la carretera —dijo innecesariamente Joe Mortimer, a la par que penetraba el coche en un ramal, señalado por gran poste.

Era aquel silencio que pesaba, que asfixiaba más que el calor, contra el que quería luchar Joe Mortimer. Y no había dicho una sola vez lo normal: Hijo.

Y también ahora se daba cuenta que de ninguno de los cuatro, partió el natural gesto de tender los brazos. Ni siquiera se habían estrechado las manos.

El coche remontaba la carretera, y las casas dejaban ya de ser

conglomerados de pisos, para espaciarse El paisaje era espléndido. La gran bahía…

Apartó la vista, porque la isla de Alcatraz parecía fascinarle.

—Eres todo un héroe, Larry —rió, falsamente, el que conducía.

—Cállese, por favor —atajó Larry Mortimer, sin poderse contener.

La réplica fue incisiva. El conductor pareció aliviado, al no tener que hablar de cosas personales.

—Aquélla es la granja de Sarren. Este año va a venderla. Piensan residir en Los Ángeles. No era mal vecino.

El coche penetró ahora por un sendero sombreado, a cuyo final se distinguían dos caserones típicamente granjeros.

—Nuestra casa, Larry… y podrás estar en ella todo el tiempo que quieras —dijo Joe Mortimer—. Te dejaremos completamente tranquilo, Larry. Completamente.

Como si le prometiera discreción y guardarle un secreto, ¿o tal vez creían que era el estilo adecuado para tratar a un amnésico?

El coche describió un viraje en el espacio segado, deteniéndose ante uno de los dos barracones. De atrás llegaban rumores de corral y establos.

Un sitio tranquilo, lejanas las demás casas. Rústico y casi amable, a no ser por la extraña actitud de los Mortimer.

Joe Mortimer cogió el saco, y fué a dejarlo ante la puerta. Larry Mortimer hubiese querido decir algo a las dos mujeres, pero no sabía con qué palabras.

Permaneció unos instantes, mirándolas. La gruesa desconocida, casi chilló:

—Es impresionante esa máscara, Larry.

—Ya lo dijiste antes, tía Rosa —pronunció, con clara ironía, Jessica.

Larry Mortimer esbozó una sonrisa.

—¿Tú no me dices nada, Jessica?

—Juré una vez callarme para siempre, y cumplo.

—Me miras con rencor, Jessica. ¿No eres mi hermana?

—Le admiro, nada más. Es usted muy listo, Larry. Ha sabido encontrar otro de sus trucos. Amnesia. Le felicito, Larry.

—Una hermana que no me tutea, resulta extraño, Jessica.

Intervino rápidamente Joe Mortimer, como si en aquella

observación de Larry, hubiera una secreta amenaza.

—Es su modo de ser, Larry. Te da el «usted» cuando se enfada, ¿verdad, Jessica?

—Sí, papá —asintió ella, dócilmente.

Larry Mortimer dió media vuelta, encaminándose hacia la puerta. La tocaba ya cuando, por encima del hombro, dijo:

—Deme los papeles del médico, Joe.

El interpelado acudió corriendo, y tendió una carterita de hule. Era obsequioso, servil… Anunció:

—Te atenderá en todo lo que mandes, Hewoa. Estás en tu casa, Larry, y estarás tranquilo todo el tiempo que quieras.

Larry Mortimer entró. Un vestíbulo limpio, mobiliario sin pintar, nuevo. A la derecha, un comedor salón, y una cocina. A la izquierda, un cuarto de baño y una alcoba, en la que entró, cerrando tras de sí. Todo era nuevo, de tosco pino, sin pintar. Se sentó, y abriendo la carterita de hule, sacó varios oficios. La comunicación del heroico comportamiento del sargento Larry Mortimer, el primero en pisar una trinchera enemiga… Su herida. El *shock* productor de momentánea privación de la facultad de coordinar, la hábil operación del cirujano plástico, reemplazando los tejidos quemados…

Sólo quedarían pequeñas cicatrices apenas visibles, y podía ser quitado el vendaje, el 13 de junio. Las gafas eran para evitar la refracción de la luz, y también podían ser abandonadas el 13 de junio.

Se recomendaba encarecidamente a la familia del héroe, que lo tratara con naturalidad, sin extrañarse por sus olvidos y falta de memoria, transitorios fenómenos de poca duración.

El primero de julio, salvo complicaciones, debería presentarse al Centro Clínico de Richmond. Para cualquier consulta, apuntaban el teléfono a cuya llamada acudirá al instante, un médico militar especializado en estos casos del *shock* cerebral.

Hubo en la puerta una tímida llamada, y apareció casi al instante, un robusto negro, ya viejo.

Mostró la blanca dentadura caballuna.

—Hola, Hewoa —saludó Mortimer—. Todo un discreto veterano. Si todos fueran como tú, el universo sería una gloria.

Larry Mortimer frunció las cejas, todo lo que le permitían las

tiras de esparadrapo. ¿Cómo sabía que aquel negro era Hewoa, el mudo?

Forzó el pensamiento, pero nada más encontró. Señaló la pared:

—En aquel calendario hay un cinco, Hewoa. ¿Hoy es cinco de junio?

El negro rió jovialmente, sin simularlo. Al menos, él no tenía temor. Fue al calendario y arrancó hoja tras hoja, hasta dejarlo en el número 11.

—Once de junio, y hasta el trece, conservaré la máscara como dice tía Rosa. Prepárame un almuerzo en forma. Me bañaré.

Se bañó, comió con apetito, durmió una siesta, leyó periódicos y revistas, cenó, y se acostó. Siempre atendido por el mudo Hewoa. No quería pasear ni ver a los demás Mortimer.

Había cosas que las recordaba, tal como aquel caserón, donde antes, ¿cuándo…?, no había muebles, sino hamacas… y a Hewoa. Todo lo demás, pura neblina. Y fué entonces cuando otro nombre apareció, reemplazando a los dos obsesivos, de Teresa y Gavin Holden.

Curt Seldom. Y despertando, sabía ya quién era Curt Seldom: el más granuja e inteligente de todos los equívocos detectives privados de San Francisco.

Al mediodía, sin haber vuelto a ver a los tres Mortimer, decidió de pronto que estaba a disgusto allí, encerrado por su propia voluntad, como si temiera ver a los que le temían, siendo sus únicos familiares.

Se afeitó, y pidió una extraña mezcla. Gasolina, con aceite tibio. El mejor ingrediente para despegar esparadrapo.

Media hora después se miraba sin gafas negras ni «máscara». Unos ojos densamente azules, y tan sólo unas pequeñas cicatrices de sutura sin grapas ni catgut.

La piel parecía más blanca en la parte superior del rostro.

Y murmuró roncamente:

—Otro se volvería loco, pero tú no, Larry Mortimer. Te miras, te gustas, te encuentras guapo y fuerte… y estás flotando. Si hay alguien que te puede servir, es ese granuja de Seldom.

Procedió a vestirse el traje gris, en cuyo ojal de solapa, insertó el disco con la cintila. «Al valor individual…».

Contó los billetes encontrados en la cartera del saco de equipaje.

Doce de cien dólares, diez de cincuenta, diez de diez, y ocho de cinco.

Hizo una bola con dos de cinco, y la tiró a Hewoa, que en la puerta parecía esperarle.

—Deja el coche ante la puerta. Me voy a la ciudad. Y les dices a los Mortimer, que no sé cuándo volveré. El coche lo dejaré en Bay Mission.

El negro desapareció, recogiendo con agilidad manual de simio, la bolita de los dos billetes que le arrojaba Larry Mortimer.

Y poco después, conduciendo el «Studebaker», cuya parte posterior despedía vaho de gallinácea, Larry Mortimer volvió a afirmar:

—En todo Frisco, sólo un tipo puede servirme. El bribón de Curt Seldom.

CAPÍTULO III

En una de las menos salubres callejuelas de Chinatown, entre dos tiendas de antigüedades fabricadas en el Middle West, un edificio de tres pisos, mostraba en ambos lados de su puerta, una serie de placas.

Una diversidad de oficios, algunos reconocidos como tales, otros acreditando originalidad.

En el tercer piso, alternaban sus despachos y oficinas, una vidente francesa, dos astrólogos, una compositora y un agente de seguros.

En el segundo piso, un dentista, una agencia de compraventa, y un ginecólogo.

En el primer piso, sólo dos despachos: un comercio al por mayor de sedas, a la derecha, y a la izquierda, una mano pintada en rojo luminoso, señalaba la puerta, donde también en rojo luminoso decía:

«CURT SELDOM».

«Investigador legalmente diplomado».

«Consulta gratuita».

Larry Mortimer empujó la puerta. Un mostrador, y tras él, una muchacha con gafas, leyendo una revista de cine, extendida sobre la máquina de escribir.

Atendía dos cosas a la vez. Leer la vida privada de una famosa estrella del momento, y pegar mordiscos salvajes a un grueso «sandwich».

Larry Mortimer iba ya clasificándose personalmente, como un «barriobajero». Lo notaba en su estilo natural.

—¿Es el postre o la merienda, rubia?

La mecanógrafa dejó de mordisquear y de leer. Iba a replicar con aspereza, pero mirando con más atención, encontró muy guapo a aquel elegante individuo, en cuya solapa lucía el distintivo de «héroe».

—Buenas tardes. Dígame lo que desea, señor.

—Perderte de vista cuanto antes. Avisa al granuja de Seldom.

También la mecanógrafa conocía a los «barriobajeros», y aquél era de la clase acostumbrada a hacerse obedecer. Pero no tuvo que terminar su movimiento de levantarse, porque una puerta se abría al otro lado del mostrador.

Un individuo de mediana estatura, cabellos rojos, cejas en sesgo, que le daban aspecto de diablo con buen humor, ondeó una mano:

—Adelante, caballero. Soy Seldom, a su servicio.

Larry Mortimer alzó la barra del mostrador, y encaminándose hacia la puerta pensó que el rostro de Curt Seldom garantizaba su inteligencia.

El detective cerró la puerta apenas hubo entrado el visitante. Un mobiliario usado, netamente de segunda mano, adquirido en tenduchos de Chinatown.

Se instaló Mortimer en un butacón de lustrosos brazales. Curt Seldom pasó a acodarse en la mesa despacho, apoyando la mejilla en el puño derecho, y asiéndose la solapa izquierda.

Daba la impresión de un oyente tolerante, dispuesto a reír un chiste. Pero no engañaba al visitante. No sabía cómo, pero a éste le confiaba que Curt Seldom era peligroso, duro y mal enemigo.

—¿Usted me conoce, Seldom?

—Ni la menor idea. Pero usted por lo oído, debe conocerme.

—De oídas. ¿Le ofendió que le llamara granuja?

—Mi secretaria suele llamarme así cuando me siento cariñoso. El espíritu es fuerte pero la carne débil. Pero las feas son muy agradecidas. Tienen sorpresas deliciosas.

—No sé dónde ni a quién, pero oí comentar que de todos los busca-misterios de Frisco, usted se llevaba la palma en los asuntos turbios. Yo vengo a ofrecerle el asunto más turbio que pueda imaginar.

—Podemos hablar con franqueza, ¿o no podemos?

—Inténtelo, Seldom.

—Usted lleva chapa de héroe. Hay policía oficial, y policía militar que le puede resolver sus turbiedades.

—¿Cuánto cobraría por estar constantemente conmigo, hasta que yo dé con dos personas a las que busco?

—Depende. Me figuro que usted no necesita guardaespaldas, y hasta me temo que tiene el genio duro y pronto a golpear. No debe ser una ganga ir con usted.

—Necesito un cerebro que carbure.

—El mío se porta bien, si le engrasan a modo —y Curt Seldom se frotó el índice y pulgar izquierdos. Pero usted tiene cara de sabérselas buscar con su propio seso.

—Eso opino, y sin embargo aquí estoy. Me sucede lo que me parecía cuento de médicos o de peliculeros. En Corea me estalló delante de la cara una granada. La explosión de luz, porque la metralla se fue a otra parte. Dicen que tengo un *shock*. Lo cierto es que no recuerdo nada de nada. ¿Le extraña?

—El cliente siempre tiene la razón. Lo único que me extraña es que si no recuerda nada de nada, sepa que yo soy un granuja.

—Un taxi me cobra cinco dólares la hora. Pongamos diez para usted, Seldom. ¿Le agrada?

—Tiene usted un modo de negociar que me despepita. Pero un taxi va sobre cuatro ruedas, y obedece las señales de tráfico. Usted puede llevarme por baches y fosos. Pongamos veinte a la hora. Y soy todo suyo, por lo que a cerebro respecta. Si hay golpes, miraré, y si está usted en apuros, y no me comprometo demasiado, le echaré una mano.

—Bien. Ahí van dos billetes.

Miró Seldom los dos billetes de cien. Pero no los cogió.

—Cuando hayan pasado diez horas, avíseme para que renueve el carburante, Seldom.

—Preferiría antes acabar de entendernos.

—Es sencillo. Quiero saber por qué tengo necesidad de matar a un hombre, antes que me mate.

—Un problema curioso. ¿Por qué cree que ese hombre quiere matarle?

—Si lo supiera no estaría aquí, Seldom.

—Y naturalmente está aquí, porque tampoco sabe dónde se esconde ese hombre. Ni sabe si él sabe… Realmente, la cosa es turbia.

—Tanto, que echo el resto a una carta, Seldom. Puede que a medida que me vuelva la memoria, averigüe sobre mí mismo, algo que no conviene que se sepa. No puedo precisar por qué razones, pero tengo el presentimiento de que no soy trigo limpio.

Curt Seldom adelantó la diestra, y cogió los dos billetes.

—Hoy habrá dos tenderos que respirarán. Llevan un par de meses, esperando cobrar. No puede usted figurarse la escasez de gente inteligente que hay en Frisco. Todos desconfiados, y no saben que yo, cuando prometo guardarme para mí los secretos ajenos, soy una tumba egipcia de ocho pisos bajo toneladas de arena.

—Me llamo Larry Mortimer.

—Encantado, Mortimer.

—Anteayer arribó el barco hospital que me transportaba con otros muchos héroes. Me esperaban los tres componentes de mi familia. Mi tía Rosa, mi hermana Jessica y mi padre Joe.

—La familia siempre es mejor, dejarla fuera de ciertos asuntos turbios.

—Pensé preguntarles a ellos algo, pero… me fué imposible. Dejemos de momento el problema de mi familia aparte, Seldom. He mirado en el listín, sin encontrar al hombre que busco. Había muchos Holden, pero ninguno se llamaba Gavin.

—Un nombre bonito, poco corriente.

—Ignoro la razón, ni puedo explicarme, pero sé que cuando nos veamos frente a frente, uno de los dos estallará.

—¿Lleva usted explosivos?

—Tengo derecho a empleo de arma corta, hasta que expire mi enrol.

—Ventajas de ser héroe.

—Busqué también el nombre de ella, sin encontrarlo.

—¿Ella?

—También se apellida Holden Teresa.

—¿Hermana, esposa, hija, madre, abuela de Gavin?

—Me gusta su guasa, Seldom. Porque me consta que sabe usted que la cosa va muy en serio. Ignoro qué parentesco une a los dos Holden. No están en los listines, ni de Frisco, ni de Berkeley ni de

Oakland.

—A ratos seré impertinente, Mortimer. Estos Holden, ¿son de su categoría?

—Deben serlo. No creo que yo me tratara con la «alta».

—¿Y supone que vivieron o estuvieron de paso por Frisco?

—Lo aseguraría, si pudiera asegurar algo.

—En este caso, podemos dar un paseo hasta Pacific Street. No está lejos. Si le sobran cien dólares, dos puertas más abajo, está un amigo mío que me prestará su coche, un buen trotador, a razón de cinco por cada veinticuatro horas.

—Vamos. Es extraño, pero sabía que acertaría al venir aquí.

Curt Seldom extrajo de un armario una funda, y apartándose la solapa izquierda, descorrió un broche de un tirante ancho, insertando en el tirante, el anillo posterior de la funda.

Remontó el tirante, abrochando. Hizo correr la cremallera de la parte superior de la funda, dejándola abierta. Cerrando su americana, recogió de la percha su sombrero de castor, con cinta estrecha de color naranja.

En la antesala, la mecanógrafa en pie, inquirió:

—¿Qué diré a los clientes, señor Seldom?

—Cerrado por ausencia. Coloca el cartelito, monada. Y toma estos dos billetes. Guarda para ti, veinte, y el resto a partes iguales entre el pesebre y el casero. Mañana, a las nueve asómate a ver si estoy.

Curt Seldom al pasar, dedicó una palmada amistosa, que resonó con más amplitud que el leve grito escandalizado de la mecanógrafa.

Bajando las escaleras, comentó el pelirrojo:

—Una fea suculenta. ¿Oyó, Mortimer? Compacta como la cera de abeja, sabrosa como la miel.

—Las feas tienen sus sorpresas.

En la calle, Curt Seldom emitió un silbido. Desde la otra acera, acudió una chiquilla de unos diez años.

—Dile a tu papá, que saque el cacharro.

Larry Mortimer tendió un billete de cien, que cogiéndolo, lo agitó Seldom ante las narices de la niña, indecisa, la cual al ver el billete apretó a correr.

—La confianza reina. Un día espléndido, y la tarde se anuncia

calurosa. Vamos a ir al «Dingo». El dueño es la bestia más repulsiva que conozco. No le tiene miedo ni a su cara. Y…

Se interrumpió Seldom, porque por la estrecha calle acudía anunciándose a bocinazo limpio, un «Chrysler» dos plazas, gris, bastante presentable.

El coche se detuvo ante los dos hombres parados, y bajó un individuo. Seldom le tendió el billete.

—Buen viaje Curt.

El detective ocupó el volante, y a su lado se sentó Mortimer. El coche arrancó suavemente, y a poca velocidad, fue bocineando para abrirse paso en el tránsito de las callejuelas.

—El dueño del «Dingo» se llama Compton. ¿Le conoce, le suena?

—No. En absoluto…

—Sabe la vida y milagros de la gente de campanillas. Si él no conoce a los Holden, es que los Holden funcionaron por otra ciudad.

Pacific Street era más ancho, y había lugares para aparcar. En vez de antigüedades como en la mayor parte de las otras callejuelas, Pacific Street poseía un muestrario internacional de bares, fondas y comedores.

Aparcó Seldom el coche, pero no descendió.

—No le tengo a usted ni mucho menos por un novato, Mortimer, pero me interesa explicarle quién es Compton. Un bestia integral.

—Ya me lo dijo.

—Conmigo tiene confianza, pero si por casualidad usted no le cae en gracia, mejor es batirse en retirada.

—¿Qué hay que ser para caerle en gracia a Compton?

—Cualquier cosa… menos policía.

—Mi documentación en la casilla correspondiente a profesión, dice:

«Viajante de comercio».

—Adelante, pues. Si le da igual, llevaré yo la voz cantante.

—Para eso vine a buscarle.

Atravesaron la calle. Exteriormente, el «Dingo» era uno más de los cafetuchos para marineros y turistas, o noctámbulos ávidos de suponerse en peligro.

A aquella hora intermedia, el largo local, tenía pocos concurrentes.

Un local con «atmósfera». Un *pick-up* al fondo, en cuya ranura, un marinero acababa de depositar una moneda, y en sordina, el clarinete de Harry James iniciaba un pegajoso ritmo.

A la izquierda, un largo mostrador con tres «barmen» que en vez de americana blanca, llevaban camiseta a rayas. A lo largo de la pared derecha, mesitas y escabeles.

—El mejor sitio para los que saben nadar en los charcos podridos, Mortimer —declaró Seldom, mientras avanzaba hacia una de las mesitas.

Se sentó, teniendo al alcance de la mano una cortina a su derecha. Había varias iguales en la pared, que conducían a salitas, y al piso superior.

Larry Mortimer ocupó el otro escabel, adosándose a la pared. Desde la barra, un bebedor, invitó cariñosamente:



Larry Mortimer, quedó rígido...

—Cambia el disco, lobo de mar. Éste da dolor de tripas.

El marinero siguió embelesado de pie ante el *pick-up* de veinte discos. Uno de los «barmen», cuyo torso hinchaba la camiseta rayada, solicitó:

—¿Le sirvo algo, Curt?

—Al patrón, si está para mí.

El «barman» abandonó el mostrador, y apartando la misma cortina en que rozaba el hombro derecho de Seldom, desapareció, diciendo:

—Voy a ver si duerme.

Larry Mortimer se colocó un poco de espaldas a Seldom. Acababa de entrar una mujer llamativa, porque desentonaba. Llevaba un blanco sastre de dril, sandalias de tacón alto, rojas, que rimaban con su pamela de paja brillante.

El marinero silbó, abandonando su búsqueda de melodías. El bebedor, también silbó…

La mujer de la pamela roja, no se inmutó, y encaramándose en uno de los taburetes, sin mirar al camarero, pidió:

—Un doble de menta.

Larry Mortimer detalló desde la punta de los pies hasta las bien dibujadas cejas, a la que le miraba sin descaro, con fría fijeza.

—Hola, Seldom —gruñó una voz pastosa.

—Hola, Compton. ¿Dormías?

—A medias.

—Este que me acompaña es de toda confianza, Compton. Quiere saludar a un amigo suyo. A un tal Gavin Holden.

El dueño del «Dingo» había tomado parte en algunos combates de lucha libre, siéndole retirada la licencia por reiteradas suciedades antideportivas.

Contorneó la mesita, interceptando la trayectoria visual de Larry Mortimer hacia las espléndidas piernas de la bebedora de menta.

La cara maciza, hosca e inexpresiva de Frank Compton sufrió una leve transformación al mirar al que le estaba observando. Era extraño…

Había temor en la cara del calificado por Curt Seldom como bestia integral. Desvió los ojillos grises, y se sentó frente al detective.

—¿Decías, que no te oí? —preguntó.

—Este que me acompaña quiere saludar a un amigo suyo, llamado Gavin Holden. Le dije que tú sabrías quién era Gavin Holden.

Frank Compton volvió a mirar a Mortimer, antes de contestar:

—Por aquí no viene ni ha venido nunca ningún Gavin Holden.

—¿Seguro, Compton? —insistió Seldom.

—Tan seguro como que te llamas Curt, y nunca te he mentido a ti. ¡Eh, Jim, trae tres «suaves»!

Larry Mortimer se había olvidado de la bebedora de menta. Crispó una mano sobre su propia rodilla.

El patrón del cafetucho, evitaba el mirarle…

Un camarero depositó sobre la mesita tres altos vasos, con un líquido ambarino.

—Usted nunca le ha mentido a Seldom, acaba de decir, y me agradaría saber si va a mentirme.

Frank Compton bebió lentamente, siempre sin mirar al que añadió:

—¿Por qué al echarme un vistazo, cambió de expresión? ¿Sabe quién soy?

Frank Compton dejó su vaso, y quiso sonreír cordialmente.

—Usted lleva en la solapa un hermoso adorno, amigo. No sé quién es usted, ni nunca le he visto antes de ahora. Viene acompañado por Seldom, y es una garantía. Lo que siento es no poder informarles acerca de ese tal Gavin Holden.

—Está usted mintiendo, Compton.

Curt Seldom se levantó, para dirigirse a la barra. Prefería no estar tan cerca de aquellos dos camorristas nativos.

Frank Compton apoyó una mirada significativa en los densos ojos azules de Larry Mortimer. Murmuró:

—Así me apliquen el «casco del embustero», no registrarán señal de que yo sepa quién es Gavin Holden. Y en cuanto a usted, héroe, no se enfade. Yo no le miento.

Frank Compton se levantó, y apartando la cortina volvió a desaparecer. Larry Mortimer se pasó la mano por la frente. Desde la barra, Curt Seldom empezó a «carburar».

¿Qué clase de tipo era aquel héroe camorrista, que llamaba embustero a Compton, sin que éste alzara siquiera un dedo?

Y es más. Casi le había dado excusas. Se sobresaltó, porque una voz femenina, muy cerca, susurraba:

—Dígale a su amigo, que yo puedo decirle quién era Gavin Holden.

CAPÍTULO IV

Curt Seldom, de espaldas a la barra en que apoyaba los dos codos, trató de catalogar a la que añadió:

—Es muy interesante su amigo héroe. Y mucho más lo resulta, cuando llama embustero a Compton, y éste se «encoge».

—Puede que Compton se haya rajado porque es antipatriótico pegarse con un convaleciente guerrero. Me llamo Curt Seldom…

—Le conozco, Seldom. Una amiga mía me informó en el «Roler-Derby», porque yo opiné que un espectador pelirrojo tenía la misma cara que el diablo de la opereta «Faust», el diablo llamado Mefistófeles. Y mi amiga me dijo que el pelirrojo espectador era un detective llamado Seldom. Muy interesante su profesión.

—Usted tampoco resulta gris y vacua.

—¿Porque sé quién era Gavin Holden? —sonrió ella.

—¿Murió?

Apeándose del alto taburete, ella replicó:

—Busque en el listín la «Pensión Florida» y pregunte por Sonia Lassen. Soy yo. Y voy ahora mismo a la pensión.

Curt Seldom como los demás, contempló con deleite la armoniosa silueta esbelta y deportiva de Sonia Lassen, que abandonó el bar, dando la sensación de tener aplomo tanto físico como mental.

Larry Mortimer vino a acodarse en la barra. Curt Seldom, sin volverse, inquirió:

—¿Conoces a esa monada, Jim?

El camarero informó:

—Es una de la «Ronda Infernal».

—Ya decía yo que me parecía haberla visto antes. ¿Viene aquí con frecuencia?

—Casi todas las tardes a esta misma hora, porque viene de entrenarse, y toma un doble de menta… pero lo paga. Se ha ido sin cumplir con el reglamento.

—Porque soy un caballero, Jim, aunque no lo parezca.

Y Curt Seldom colocó un billete sobre la mesa, añadiendo:

—Guarda el cambio como fondo de reserva a mi cuenta, Jim.

El detective, andando hacia la puerta, comentó:

—Será la chapa de héroe, Mortimer, pero resulta raro que esto asuste a Compton. Habrá alguno que como usted llamó embustero a Compton, pero salió en camilla.

Larry Mortimer continuó en silencio, hasta que se sentó al lado del volante.

—La que bebía menta le estuvo hablando, Seldom.

—Poco y sabroso. Aseguró que le podía decir a usted quién era Gavin Holden. Así mismo… En pasado, como si hubiera muerto Gavin Holden. Pero no dijo que sí ni que no, cuando indagué si había muerto Gavin Holden. En cambio, me indicó que se aloja en la «Pensión Florida», y que allí podemos telefonearla.

—¿Qué es la «Ronda Infernal»?

—Olvidaba que usted lleva tiempo ausente de Frisco. La televisión ha puesto de moda aquí lo que hace dos años, es el furor en Nueva York y en Chicago. El «Roler-Derby».

—He leído reportajes. Las patinadoras sobre pista de madera.

Curt Seldom estaba consultando un pequeño pero grueso manual, provisto de pestañas con abecedario.

—Muy útil. Es la guía de direcciones, y tiene también pensiones. Es fenomenal la cantidad de «Floridas» que existen en la ciudad.

Cerró el libro, que volvió a colocar en el bolsillo trasero de su pantalón, y dando marcha, comentó:

—En pleno Market Street, y tiene dos asteriscos, lo cual significa que es un alojamiento intermedio: segunda clase. Pero Sonia Lassen es primera. Estamos en plena colaboración, Mortimer. Opine usted sobre Sonia Lassen.

—No la he visto nunca. Escuche… Podré estar desmemoriado, pero no tanto como para no reconocer a una mujer del estilo de Sonia Lassen, si la conociera de algún modo u otro.

—¿Por qué dijo a Compton que estaba mintiendo?

—Porque no es esto lo que le inspiró respeto.

Y Larry Mortimer se quitó de la solapa la decoración, que guardó en el bolsillo superior. Por el espejo retrovisor, y en una parada del tráfico, miró Seldom a su acompañante.

—Mejor, aunque a su pleno riesgo, Mortimer. El que no se atreva a enzarzarse a puñetazos con un héroe, no dudará tanto frente a un paisano. De todos modos, hay algo en usted, Mortimer. Tengo práctica en reconocer a los *tough*, y usted lo es.[1]

—No creo que a Compton le achique un matón más o menos. Por esto mismo, es raro que al verme de cara, se alarmase. Vamos ahora a visitar a esa patinadora, pero después volveré al «Dingo», y quiero hablar a solas con Compton.

—Buena idea. ¿Y en su memoria, no ha despertado nada la jeta poco agradable de Frank Compton?

—Nada en absoluto.

—¿Ni la muy monísima de Sonia Lassen?

—Tampoco.

—Déjeme lucir mi portentosa inteligencia deductiva, Mortimer. Estamos indagando en el «Dingo» por un tal Gavin Holden, y aparece Sonia, la cual me acaricia el oído diciéndome que ella puede informar a usted de quién fué Gavin Holden. Y ahora, sáquele punta a esta información mía y personalmente intrigante. Las «Roler» se entrenan entre tres y cinco, en el «Acuarium» de Golden Gate Park. El camarero Jim dice que ella viene todas las tardes, después de entrenarse, a tomar un doble de menta. ¿Tanto vale la menta que despachan en el «Dingo», que Sonia recorre la ciudad de un extremo a otro para bebería? Y su pensión está, a medio camino entre la pista de entrenamiento y el mostrador del «Dingo».

—Comprendo lo que quiere sugerir, Seldom, pero ella no podía saber que alguien iría a preguntar por Gavin Holden, precisamente a la hora en que acostumbra a beber su menta.

—Hay un trasto llamado teléfono, que complementado con un taxi, podría explicar la presencia de Sonia.

—¿Compton telefoneando a Sonia?

—O un camarero, o el marinero que se embelesaba con Harry James, o el supuesto borracho… Sonia le encuentra muy interesante, y yo empiezo también a encontrarle de un subido interés, Mortimer. Un hombre que con su guapa cara produce

alarma en Compton, o es un barril de dinamita ambulante, o sus preguntas producen pánico.

Market Street, la arteria central de la ciudad, exigía en los conductores dedicar plena atención al volante.

Calló Seldom mientras Mortimer pensaba en Compton, «una bestia integral», que le miró con alarma y luego con cómplice ojeada como diciéndole:

«No puedes molestarme, y los dos sabemos por qué».

Frank Compton podía saberlo, pero él no.

El coche se detuvo con precisa maldición del espacio entre otros dos que empleaban el gran garaje público de los «Almacenes Uniprize».

—Sonia me dijo que le telefonease. Hágalo usted. Éste es el número —y Seldom tendió la guía abierta.

—No tenía coche.

—Pero habrá llegado si empleó un taxi. Llame.

En la cabina, marcó Mortimer los números de la pensión, sita en la misma manzana que los «Uniprize:».

Vió cómo Seldom abandonaba el garaje dotado de todas las comodidades para los esposos que esperaban o los chóferes.

El auricular le informó que Sonia Lassen no estaba en su habitación. Colgó Mortimer, y poco después se detenía ante el umbral del número que la guía señalaba como sede de la «Pensión Florida».

Las placas indicadoras tenían diversos colores. Una color rosa, especificaba con letras amarillas, que la «Pensión Florida», ocupaba los pisos quince y dieciséis.

Larry Mortimer buscaba en vano a Curt Seldom. Los escaparates iban encendiendo sus luces. El tráfico rodado tenía un constante fluir de torrentera metálica. Las amplias aceras, a trechos, eran escasas para contener el humano hormiguear.

Bajo el entoldado dintel desfilaban hombres y mujeres, sin que Larry Mortimer identificara al pelirrojo Seldom, ¿dónde había ido?

Lo convenido era que ambos no debían separarse. Le había dejado salir del garaje creyendo que le esperaría en la acera.

Miró maquinalmente al oír un chirrido de frenos. Un bonito color frambuesa el de aquel «Pontiac», del que bajaba una mujer, mientras el hombre al volante, demostraba su intención de volver a

poner en marcha en busca de aparcamiento o para irse.

Larry Mortimer se quedó rígido. Conocía a aquel individuo de rostro agudo, nariz puntiaguda algo respingona…

El «Pontiac» desaparecía ya absorbido por la circulación. Larry Mortimer, que había reaccionado tardíamente, llegó al borde de la acera, era ya imposible llamar a un taxi y perseguir al «Pontiac» color frambuesa, conducido por…

¿Por quién? Cerró los ojos, llevándose la mano a la frente. Estaba perfectamente convencido de que conocía a aquel sujeto de rostro afilado, pero era incapaz de colocarle un nombre.

—Matrícula
«8993-B-17»,
Mortimer.

—¿Por qué demonios se fué usted? Hemos convenido no separarnos, Seldom.

—Mientras usted telefoneaba, vine a pulsar el timbre de las visitas que no quieren efectuar un paseo en ascensor vanamente. Pregunté por Sonia. No había llegado. Salí, permaneciendo en aquel rincón. Me gusta ser mirón… y le vi correr apenas arrancó el coche color frambuesa. Matrícula de Berkeley.

—Conozco al tipo que conducía. Le miré y sé que lo conozco.

—Ella le daba la espalda a usted, Larry. Y las pamelas rojas están de moda…

—¡Sonia Lassen!

—Ésta era la monada que bajó del «Pontiac», pero que no hizo lo que era normal.

—¿Hay algo normal en mi rededor? —sonrió ásperamente Mortimer.

—Yo —declaró Seldom, tocándose el pecho—. Y no es normal que Sonia me invite a telefonear, diciendo que estará al instante en su pensión, y cuando está frente a su pensión, tome el camino de los «Almacenes Uniprize», dónde ha entrado. No creo que le haya visto a usted, porque apenas salió del coche, viró hacia los almacenes. Tampoco me vió a mí, porque mi elección de observatorio estuvo acertada, por casualidad, al meterme en el entrante aquél, y desdeñar la acera entre el garaje, almacenes y pensión. No, no resultaría meternos en los almacenes. Sería como buscar una figurilla preciosa, entre centenares de figurillas más o menos

preciosas, que se agitan, rebuscan, chillan y se dan codazos en los pisos del «Uniprize». Además, Sonia actúa con las demás «Roler» de cinco y media a ocho en el «Acuarium».

—Sonia Lassen conoce a un individuo que me ha de conocer forzosamente. ¿Por qué no entró ella en la pensión?

—Vamos bien encaminados, Mortimer. Sonia Lassen supondrá que habremos ya telefoneado, y nos han dicho que no está. Supondrá que la esperaremos. Bien, pues vamos a esperarla.

Larry Mortimer dió media vuelta, y su modo de atravesar a lo ancho de la acera hacia la entrada de la pensión, provocó alguna protesta. Tras él, Curt Seldom fue diciendo amablemente, con sardónico regocijo:

—Perdón, perdón… Tenemos prisa.

Ya en el largo corredor, tocó en el codo al que le precedía.

—No estamos en Corea, Larry. Ha atravesado usted la pacífica muchedumbre como un bisonte embistiendo.

—En algo he de estar seguro, y es en que soy un mal educado.

—O que tiene prisa por saber qué tapujos se trae Sonia.

En el ascensor ambos callaron, y en el piso quinceavo, Curt Seldom señaló alfombras y lámparas.

—Una pensión de rechupete, si se come como se amuebla.

Un individuo uniformado se sentaba tras un mostrador, a la derecha de la salida de ascensores.

—La señorita Lassen —pidió Seldom.

—Un momento, por favor.

El conserje habló por un teléfono interior:

—… Dos caballeros preguntan por la señorita Lassen.

Escuchó unos instantes, y colgó el auricular.

—Un momento por favor.

Una de las puertas a lo largo del corredor suntuosamente alfombrado, se abrió, y acudió una doncella encofiada y con minúsculo delantal, vestida de negro.

Llevaba una bandejita, y consultó:

—¿Tienen la bondad los señores de decirme si son los que debían telefonear a la señorita Lassen?

—Yo soy Curt Seldom, monada.

La doncella tendió la bandeja, y se retiró. Curt Seldom asió la cartulina, que llevaba un escudo y la mención: «Pensión Florida».

Una letra femenina, clara y alargada…

> «La señorita Lassen ha telefoneado para que transmitamos al señor Seldom lo siguiente. Le es materialmente imposible ver al señor Seldom antes de las ocho y media aquí mismo, salvo si el señor Seldom y su amigo prefieren visitarla en el “Acuarium”».

Tendió Seldom la cartulina después de leerla. En el ascensor, mientras bajaban, la leyó Mortimer.

En el corredor de salida, dijo Seldom:

—¿Quién le espera a usted en el «Acuarium», Mortimer? No debe ser para nada bueno, porque si así fuera, el tipo del «Pontiac» y Sonia, hubieran esperado en la pensión. Son las cinco y diez. No le vendrá mal entretenerse viendo la «Ronda Infernal».

—Esa maldita patinadora tiene una clave, Seldom.

—Seguro que sí, y por esto hemos de dar con ella. Hay unos camerinos en el «Acuarium» aunque entrar en ellos, será difícil. Suelen ser ellas chicas guapas, y hay muchos perritos tras sus cortas faldas. Algo está claro…

—Que te crees tú eso, bebé —gruñó Mortimer.

La expresión clásicamente del hampa, muy oída en Chinatown, hizo sonreír en rictus sardónico al detective.

—Lo que está claro es que o usted es un peligroso sujeto, o usted busca algo muy peligroso. Nunca piso de plano, sino sobre la punta de los pies, pero ahora más que nunca, porque me da mucho que pensar la extraña actitud de Compton y todo este tapujo que…

Estaban ya en la rampa descendente, para uso de los que regresaban a sus coches, en el garaje del «Uniprize», y a la vez que se interrumpía, Curt Seldom, dedicando una sonrisa a lo lejos, frente a sí, añadió:

—Hemos convenido que yo hablo y usted escucha. Gracias, Larry.

Siguió andando, y comprendió entonces Mortimer la sonrisa indefinida y el cambio repentino de tema.

En el «Chrysler» en el centro del asiento, Sonia Lassen estaba contemplando con fijeza a Larry Mortimer, con la misma expresión

intrigada que cuando se instaló en el «Dingo» para paladear con lentos sorbitos su doble de menta.

CAPÍTULO V

—¿Qué tal, Sonia? —saludó Seldom, instalándose tras el volante—. No hay temor de que la aplastemos, compañero, porque los tres somos esbeltos y el asiento es cómodo.

Larry Mortimer se sentó a la derecha de la patinadora.

—¿Debo presentarle a mi compañero o lo hice, ya, Sonia? —indagó, taimadamente, Seldom.

—No hemos sido presentados, ¿verdad, Larry Mortimer?

El interpelado se acodó de lado en la ventanilla, para mirar a la que sonriente, añadió:

—Últimamente me repitieron mucho su nombre, Mortimer.

—Celebro que me conozca, porque yo no puedo decir lo mismo.

—No nos conocemos, y nos hemos visto por vez primera en el «Dingo». Puede conducir hacía el «Acuarium», Seldom. Supuse que el mejor sitio para dejar su coche, era éste.

—¿Y cómo sabía que era mi coche, Sonia?

—Les vi subir en él, cuando salieron del «Dingo».

Prefirió Seldom evitar la circulación de Market Street, tomando la primera esquina, en la Richmond, aunque suponía dar un rodeo.

—Estuvimos en la pensión, y nos dieron una nota, citándonos en el «Acuarium».

—No me mire como quien contempla a un bicho dañino, Mortimer.

—Mi amigo viene de Corea, Sonia.

—Lo sé, y aunque ahora no lleva el distintivo al valor personal, repito que últimamente oí con frecuencia su nombre, desde que en la «Corean Gazett» me lo enseñó mi novio. Decía entre otras noticias referentes al Cuerpo Expedicionario de San Francisco, que el sargento Mortimer, casi tomó por asalto una colina, siendo el

primero en pisar los reductos enemigos. Desde que conocí a Arthur Crosby…

Se interrumpió ella, porque la mano izquierda de Mortimer acababa de apoyarse en su antebrazo, pesadamente.

Pero Mortimer se calló apartando la zurda. «Llevo yo la voz cantante», era lo convenido por Seldom, quien dijo:

—¿Arthur Crosby es su novio?

—Lo es. O mejor dicho lo era hasta esta tarde.

—¿Han reñido?

—Todavía no, pero nunca me acabó de gustar, aunque sea rico y amable. No soy una buscadora de oro, pero cansa mucho el patinar entre empujones, con riesgo de hospitalizarse, y también cansa ser tomada por una tanguista sobre ruedas. Crosby me abordó decentemente, sin demostrar intenciones de quererse cobrar sus corteses invitaciones. Creo que está enamorado de mí, y he ido retrasando el momento de aceptar sus reiteradas peticiones de matrimonio. Usted que conoce a Arthur, Mortimer, ¿le considera un posible buen marido?

Larry Mortimer se encogió de hombros. Sabía ya que el rostro afilado de nariz respingona, pertenecía a Arthur Crosby, pero nada más.

Fué Seldom el que replico:

—La discreción es la virtud principal de los héroes en convalecencia, Sonia.

—Si su discreto héroe fuera tan discreto, no le temería su antiguo amigo Arthur. No sé si hago bien o mal, en estar aquí entre ustedes dos, en vez de hacer caso a Arthur, pero lo que sé es que cuando le vi a usted en el «Dingo» acompañando a Mortimer, empecé a pensar que más vale seguir soltera, pero tranquila. Según mi compañera, usted, Seldom, es muy inteligente.

—Su compañera lo es también, puesto que ha acertado en definirme, Sonia. Y usted es deliciosamente sensata y prudente. ¿Conduzco más aprisa?

—Mejor que desvíe hacia Sunset. Juego en el segundo equipo, y no entro en la pista hasta las seis y media. No sé quién es usted, Mortimer, ni quiero saberlo, pero si anda de por medio un detective como Seldom, no tardará en aparecer la policía oficial. Y tanto la policía legalizada como los negocios turbios, no me apetecen.

—Magnífica criatura, ¿verdad, Larry? ¿Qué le hace suponer que llevamos un asunto turbio?

—El comportamiento de Arthur desde que leyó en la «Corean Gazett», que el sargento Mortimer, convaleciente, regresaba a Frisco en el transporte hospital. Como ya me había extrañado que él tuviera tanto interés en comprar a diario un periódico que sólo podía interesar a los familiares de los expedicionarios, y puesto que me había dicho no tenía allí ningún familiar, sino amigos, él se sintió confidencial.

—Lo propio de un futuro marido enamorado… antes de firmar el contrato de adquisición en firme ante el juez.

—Confidencial a medias, solamente. Me dijo que en cierta ocasión hizo un buen negocio, pero que el regreso de Mortimer le podía comprometer, que yo fuera todas las tardes al «Dingo», porque era casi seguro que Mortimer acudiría a visitar a Compton.

—¿Y por qué iría yo a visitar a Compton?

—No me lo dijo. Me hizo una descripción exacta de usted, rogándome que tan pronto le viera o supiera que usted había estado en el «Dingo», intentara congraciarme con usted, honesta y eficazmente.

—Ya estamos congraciados, nena —masculló Mortimer.

—Lo que me temía… —sonrió Sonia Lassen—. Usted al menos no lo disimula, Mortimer.

—¿El qué?

—Lo que en vano trata de disimular Arthur. Tiene dinero, y se esfuerza en ser fino, pero procede de barrios obscuros. Y me confirmo en la idea de que debo apartarme de todo esto.

—Estamos cadera a cadera, Sonia —dijo, más amablemente, Mortimer.

—Porque fuera cual fuera su pasado, usted al menos, ha vivido casi dos años decentemente, Mortimer.

—Hablemos de Gavin Holden —propuso Seldom, deteniendo el coche en uno de los parquecitos afiligranados de Sunset Blue.

—Era el medio de congraciarme que pedía Arthur. Oí que Mortimer preguntaba por Holden, y era pues el mejor medio.

—Hablo yo, Larry —atajó Seldom—. Mi compañero cree que está usted mintiendo, Sonia. Yo no. Sin embargo usted dijo textualmente: «Dígale a su amigo que yo sé quién era Gavin

Holden».

—Si su temible amigo que está al borde del rechinamiento dental, hubiera preguntado por Josuah Knikerboots, habría dicho también que yo sabía quién era Josuah Knikerboots, los dos nombres con los que yo desde pequeña, por haber leído una novela extraña, me sirvo para designar a los alguaciles. Mi intención era ir a la pensión, después de hablar con Arthur, al que telefoneé. Vino a buscarme en una tienda cercana al «Dingo». Y pareció muy preocupado cuando le dije el modo de que me había valido para «congraciarme» con ustedes dos. No le gustó saber que un detective privado iba con usted, Mortimer. Y añadió: «Lo siento, querida, pero será mejor que cuanto antes termine yo con Mortimer. Hiciste muy mal en decir que sabías quién era Gavin Holden». Y ahora, dígame, señor Mortimer: ¿por qué hice mal en decir que sabía quién era Gavin Holden?

—Porque estoy buscando a Gavin Holden, y no creo que sea para besarle en la mejilla. Pero si Seldom Cree que usted no está mintiendo, por mí, estamos congraciados, Sonia. Y excúseme si no soy fino.

—Casi me resulta simpático cuando sonríe, Mortimer. Prosigo. Me dijo Arthur que dejase encargado en la pensión que vinieran al «Acuarium» o a las ocho y media a la pensión. Y que por todos los medios rehuyera verme de nuevo ante usted en sitio solitario, Mortimer.

—Éste lo es, Sonia.

—Trataré de hacerme comprender, Larry Mortimer. Si usted y Arthur hicieron algún negocio sucio, no me incumbe. Si usted busca al misterioso Holden, que sólo citarlo, hace temblar a Compton, no me incumbe. Si usted y Arthur van a pegarse cuando se vean, tampoco me incumbe.

—¿No iba a ser su maridito?

—Ya le dije que nunca acabó de gustarme. Es falso, y estoy segura que al ver que no podía obtenedme si no era legítimamente y con aniño de boda, se resignó.

—Es que usted vale el anillo, nena.

—Gracias, Larry —rió ella—. Es agradable ver que un oso gruñón, le ofrece a una, lo que equivale a reconocer que una es decente.

—«Una» es buena chica. Adelante, Sonia —invitó Mortimer.

—Cumplí como quiso Arthur, que suponía que ustedes dos estarían esperándome arriba en la pensión. Telefoneé desde el garaje, y me instalé en el «Chrysler». Mi elección estaba hecha. Entre Arthur Crosby, que emplea a su novia para engañar a Larry Mortimer, y Larry Mortimer que ha estado dos años jugándose la vida lejos de su ciudad natal, me resultó más simpático usted, Larry.

—Gracias. ¿Supone pues que Arthur Crosby quiere verme en el «Acuarium», o prefiere saludarme a las ocho y media, para tener tiempo de preparar un amistoso recibimiento?

Sonia Lassen adelantó las dos manos, y por unos instantes se las frotó en perfecta imitación de quien se enjuaga el jabón bajo un grifo.

—Poncio Pilatos sobre patines de ruedas, señores.

—Debe pensar que si Crosby sabe que usted nos ha puesto la mosca tras la oreja, puede sentirse molesto.

—No creo que usted tenga por costumbre comprometer a quien no quiere compromisos, Mortimer. Yo, esta misma noche, apenas vea a Crosby, le diré que renuncio a ser su esposa… El motivo de mi renuncia es sencillo: Si antes de la boda, hay ya cosas poco claras, ¿qué sería después? Me gusta la franqueza.

—Y parece decir la verdad, nena. ¿Opina que puedo confiarle lo que me pasa, Seldom?

—Inténtelo. Creo que esta monada es oro puro.

—Tengo amnesia. ¿Capta la onda, nena? Perdón… Quiero decir si se da cuenta de lo que significa amnesia.

Sonia Lassen rió divertida.

—Una amiga, mía dijo que amnesia es la enfermedad de la esposa que olvida su pasado para recordar furiosa, el presente a su marido. Dicho de otro modo, Larry… Puede que usted encuentre también muy cómodo fingirse amnésico, pero no me incumbe.

—¡Le incumbe! Soy sincero, y habrá podido comprobar que no soy un caballero, pero como hay Dios, le juro que sólo sé que me llamo Larry Mortimer, y me interesa encontrar a un tipo llamado Gavin Holden.

Ella miró los dos rostros alternativamente, antes de replicar:

—Si es verdad lo que dice, Larry… no me gustaría ser Gavin Holden. Y ahora bajaré. Daré un paseo hasta el «Acuarium», donde

no me interesa que me vean llegar con ustedes. He dicho cuanto sabía, y he hecho lo que me ha parecido más decente. Si Arthur hubiera sido sincero conmigo, no estaría aquí. Estaría con él, o muy lejos de California.

Larry Mortimer bajó del coche, y cuando ella estaba en pie, delante suyo, dijo:

—En todo me ha parecido usted oro de ley, nena. Menos en una frase.

Curt Seldom permanecía al volante, porque oía perfectamente.

—¿Qué frase no le ha gustado, Larry?

—Juraría que usted ignora todo lo referente a mí y a Holden. Pero ¿por qué le dijo a Seldom: «Sé quién era Holden», cuando lo normal es que hubiese dicho: «Sé quién es Holden»?

—Déjeme pensar en la sintaxis, muy olvidada desde mi escuela primaria. Es cierto, ¿por qué hablé en pasado de un desconocido Holden? Lo normal hubiera sido el tiempo presente.

Asomó el busto Seldom. Su sonrisa era mefistofélica…

—Pásmense de mi inteligencia, pareja. ¿Usted es de Frisco, monada?

—Antes de contestar, les hago un ruego. Usted, Seldom, déjese de monerías, y llámeme Sonia, y usted, Larry, no es preciso que recalque que soy una nena. He nacido en Chicago, y vine contratada sobre ruedas, hace dos meses. Nunca estuve antes en esta hermosa ciudad, y no sabía quién era Larry Mortimer hasta que Arthur Crosby me indicó que acudiera todas las tardes al «Dingo».

—Entonces, era natural que usted empleara el tiempo pasado al referirse al desconocido Holden, porque también era pasado el turbio negocio de Crosby… Bueno, iba yo a decir algo más, señorita Lassen. No sé si le agradará…

—No le agradará —atajó, secamente, Mortimer—. Sé lo que está usted tramando, y esta nena no es de las que se prestan a suciedades. Tengo pupila. Ande, nena, vaya a lo suyo, y gracias.

Sonia Lassen no se movió. Larry Mortimer volvió a entrar en el coche, empujando sin miramientos al detective.

—¿Qué iba usted a decir, Seldom? —inquirió ella.

—Veamos si mi compañero ha acertado —dijo Curt.

—Lo que Seldom iba a proponerle, era que usted, de la que está enamorado Crosby, nos sirviera de «papel engomado». Traer la

«mosca». ¿Era esto, detective?

—Si Arthur Crosby no titubeó en emplear a su propia adorada, para atraerle a usted adonde mejor le fuera, menos indigno soy yo, al intentar la inversa. «Papel engomado» es la persona que se emplea para atraer a un sitio conveniente a quien nos interesa casar: la «mosca», en este caso, Larry y yo. No se encabrite, monada, pero quien como yo siempre anda en malas compañías…

—Me mantendré tan apartada de Arthur como de ustedes. Y si no he ido a la policía, es en consideración a que usted llevaba el distintivo de héroe… Y yo soy una sentimental, porque he supuesto que usted fue a Corea, no porque le importaran los coreanos, sino para redimirse… o buscar una muerte honrosa. Adiós.

Giró ella sobre sus tacones, y se alejó presurosa. Comentó Seldom:

—Me jacto de conocer a las mujeres; ¿sabes por qué, Larry? Porque no las conozco. Y como lo sé, no me hago ilusiones. Pero esta monada me parece buena y romántica. De algo te ha servido ir a Corea, Larry. No habrá inconveniente en tutearnos, porque al punto en que estamos ya… Tú no recuerdas nada, y yo no veo nada. Un ciego y un sordo dándose el brazo para atravesar la calle, atropello al canto.

—Ya no estoy sordo, puesto que he oído a Sonia.

—Tampoco estoy ciego, puesto que sé que en el «Acuarium» alguien espera para… ¿para qué, Larry? ¿Cuál fué tu negocio con Crosby? ¿Por qué cuando mientas a Holden, hay pánico?

—Te pago veinte por hora para qué contestes mis preguntas, pelirrojo, no para que me las enjaretes. Dale al pedal, y me entretendrá ver patinar. No es preciso que te sientes conmigo allí dentro.

—No vayas. Dijiste que yo era el cerebro, mientras el tuyo esté a medias funcionando. ¿Crosby quiere atraerte al «Acuarium»? Yo voy a ser el «papel engomado». Tu forma de presentarte fué sincera. Preguntaste por el bribón y granuja, y también a mí me ha dado el cuarto de hora romántico. Como a la monada que casi destiló un lagrimón al decirte: «No le importaban los coreanos, valiente héroe, sino que fué usted a morir para redimirse de un pasado negro», yo te digo que sin conocerlo me repugna Arthur Crosby. Voy sólo al «Acuarium», y a quien se me acerque, le dejo convencido de que me

dejo sobornar. Somos dos granujas, señor Mortimer, y será por esto, porque no lo disimulamos, por lo que hay solidaridad. ¿Confiaste en Sonia?

—Es que ella es oro de ley.

—Yo lo soy unos minutos cada año. Y huelo algo muy grande tras tu búsqueda de Gavin Holden. Algo… por lo que no titubeará Crosby en suprimirte por medios indirectos. No es de los que dan la cara. Lo viste ya.

—Se puede intentar. ¿Dónde te espero?

—Donde te llevaré a Crosby o a su enviado. A mi despacho. Ésta es la llave, no estará mi secretaria… Puede que entre pistola en mano, Larry. Puede que sea mi trato con Crosby o su enviado, no el matarte, sino el entregarte. ¿Corres el riesgo?

—Se puede intentar.

Los dos se miraban, con recelo. Añadió, después de una pausa de silencio, Larry Mortimer:

—Vale, granuja. Estás conmigo, y sabré agradecértelo.

Se apeó Mortimer, y asintiendo en cabezada significativa, Curt Seldom pisó el acelerador.

Larry Mortimer, caminando hacia la Sunset Avenue, estaba dispuesto a no retractarse en su confianza. Esperaría con las debidas precauciones, porque por entero no confiaba ni en sí mismo, pero daba por hábil el propósito del pelirrojo detective.

Llamó a un taxi, y en su interior dió la dirección de la «Agencia Seldom».

Era Arthur Crosby la clave ahora. Y Curt Seldom traería a Crosby o a su enviado. Sabría por fin por qué estaba convencido de que la solución de todo su problema estaba en encontrar a Gavin Holden… o a Teresa Holden.

No era el haber vivido peligrosamente en los frentes de combate de la península coreana, lo que le hacía mirar de vez en cuando instintivamente por la Estrecha ventanilla posterior del taxi.

Aquel instinto estaba muy arraigado en su pasado, ya que en Corea no se empleaban taxis.

Si él seguía una pista, y había alguien que lo sabía, ¿no era normal que también pudieran seguirle a él?

Tocó en el cristal de separación, antes de abrirlo.

—Dé la vuelta al llegar al crucé con la plaza, amigo. Desharemos

parte del camino, por la misma calle.

El chofer asintió, y poco después daba la vuelta a la plaza, y remprendía en sentido contrario la Avenida Sunset.

Larry Mortimer sonrió sin la menor alegría. No se había equivocado. Aquel taxi le seguía, y en su interior, había una mujer. ¿Sonia Lassen… o Teresa Holden?

No divisaba más que una mano femenina apoyada en el reborde de la ventanilla. Dijo:

—Pare en el mismo sitio en que me recogió, amigo.

Cuando el taxi se detuvo, le imitó el que le seguía. No había más que una sombra en su interior. Una sombra de evidente feminidad.

Bajó Mortimer, tras pagar. Se dirigió hacia el otro taxi…

CAPÍTULO VI

El cubierto local en forma elíptica, podía parecer un velódromo. Pero lo que rodaba con un ruido semejante a un pelotón ciclista tras motos, eran patines sobre la pista de madera.

Sobre los patines, mujeres con pantalón corto, rodilleras protectoras, altos mocasines y jersey de dos colores. Verde el perteneciente al equipo «Chief», y anaranjado el de las «Westerner».

«Payasada histérica» lo definió un periodista negándose a admitir que lo que sucedía sobre patines y entre mujeres allá en aquella pista, fuera un deporte.

Pero el «Roler-Derby» tiene su reglamento. Los programas entregados al adquirir la localidad, lo advierten al espectador novato.

Dos equipos de cinco mujeres, patinando durante quince minutos, son después relevados por otros dos equipos de cinco hombres, y por la misma duración. Ellos también llevan los jerseys del equipo.

El programa especifica que no se trata de una carrera, y no se cuentan las vueltas de pista, sino los «jam». Un equipo marca un punto, cuando uno de sus componentes, da una vuelta completa adelantándose en ella a uno de los adversarios.

Este punto de marcador, da lugar a una estrategia especial. Cuando uno de los patinadores —de uno u otro sexo— toma velocidad y arranca a la señal del «jam» anunciado por la campanilla sonoramente repercutidora, sus compañeros hacen barrera tras él para permitirle tomar ventaja.

Y a la inversa, los otros, al ver aproximarse por detrás al «jamleader» destacan sus dos defensas con la misión de detener, del modo que sea, al que va en busca de un punto.

El «jam» puede terminar de dos modos: ya porque el patinador no haya logrado en el plazo de dos minutos, adelantar a ningún adversario, ya porque contra su voluntad, sus dos patines hayan abandonado la pista de madera.

Esta última alternativa es la más corriente, y a una velocidad entre cincuenta y sesenta por hora, el patinador o patinadora «jamleader» que «sale de la pista» demuestra tener un gran entrenamiento, puesto que salvo unas volteretas muy espectaculares, no va al hospital, aunque a veces no reaparece en varias sesiones.

La proyección fuera de la pista, es mediante un empujón con el hombro. Arriesgado, porque a veces el que empuja es él que sale.

El público jaleaba con gran entusiasmo cuando Curt Seldom ocupó un asiento de tercera fila. Era el último «jam» del equipo femenino, y una «Chief» lanzada en tromba había sorteado ya a una «defensa» saltando casi por encima de ella.

Dos «Westerner» rodaron de costado, y las que acudían en persecución tuvieron también que saltar. Una falló, y quedaron mezcladas tres anatomías femeninas en su rápido deslizar por la pendiente pista…

La «jamleader» había ya conseguido dos puntos para su equipo, pero la medio centro adversaria era la famosa Little Pinky, una menuda morena, de rostro muy agraciado, aunque la chata nariz no fuera de nacimiento, sino resultado de una «salida» fuera de pista.

Little Pinky de espaldas, volviendo la cabeza, esperaba a la que acudía a gran velocidad. A su vez, ella adquirió velocidad. Los espectadores lanzaron gritos de júbilo, porque la colisión iba a ser inevitable. Little Pinky no iba a permitir otro punto más…

Curt Seldom se olvidó unos instantes de Larry Mortimer… porque la general algazara histérica del público era fuertemente contagiosa.

Se levantó también de su asiento para increpar al juez de pista que, desde su céntrico sitial, acababa de señalar con el banderín reglamentario la penalidad contra Little Pinky.

El «jam» había terminado. Little Pinky se defendía del ataque de la que de nuevo en pie, pretendía vengarse del alevoso tirón de cabellos. Pero entraba el equipo masculino, que más noble, separó a las contendientes, con bromas alusivas a las multas.

Más bronco, pero menos avieso, el equipo masculino a quien correspondía el primer «*sprint*», fue dando las vueltas para tomar la velocidad de impulso.

Curt Seldom se desentendió de la pista, porque acababa de sentarse a su lado una mujer. Vestía muy deportivamente. Jersey azul, falda blanca y piernas desnudas con mocasines tobilleros.

Una espléndida morena de claros ojos.

—Usted es Curt Seldom.

—Nunca sospeché que fuera tan célebre entre las monadas.

—Entro en la pista a las seis y media. Mi compañera de equipo Sonia Lassen ha debido ya hablarle, ¿no?

—Me dijo que fuera a su pensión, pero sólo encontré una misiva de la gerencia, para que viniera aquí o regresara a la pensión a las ocho y media.

—¿Usted solo?

—No. Con un cliente. Y a todo eso, monada, ¿quién es usted?

—Sarah Viggot.

—Vaya con Sarita. Ha salido hasta en los periódicos. ¿No le pegó usted un mordisco en los camerinos a una rival?

—Ya pasó. Los nervios son malos consejeros. ¿Por qué no ha venido con usted su cliente?

—No le gusta el patinaje. Me espera en la oficina.

—¿Es generoso su cliente?

—Me ha dado quinientos de paga y señal.

—¿Para qué?

—¿Usted es patinadora carnívora o es preguntona gratuita?

Sarah Viggot, capitana del segundo equipo «Westerner», tenía mucha malicia en los claros ojos.

—No creo que usted ni yo trabajemos nunca gratis, Seldom. Si un cliente le paga quinientos, y otro mil, ¿en qué equipo juega?

—En el suyo, monada.

—No soy yo quien paga, Seldom. Está en mi camerino. Tengo un camerino individual.

—¿Con calefacción o refrigerador?

—Depende de quien entra. No sea gracioso. ¿Viene?

—Con usted, hasta patinando.

Ella se levantó, y algunos espectadores le dirigieron comentarios de varios calibres, a los que ella contestó con el mismo gesto: Juntar

las manos en saludo de artista agradecido.

A un lado del bar, estaba el corredor de acceso a camerinos, custodiado por empleados robustos. Pero Sarah Viggot, al apoyar su mano en el brazo derecho de Seldom, le daba libre acceso.

Abrió una puerta marcada con una estrella color naranja. Un camerino aséptico. En una silla, Sonia Lassen equipada ya, con los patines entre las rodillas.

A su lado, en pie, un individuo de rostro afilado, y nariz puntiaguda y respingona.

Sarah Viggot, cerrando la puerta, indicó:

—Éste es el pelirrojo detective. ¿Me quedo o me voy?

Arthur Crosby dijo finamente:

—Te agradecería nos dejaras a Sonia y a mí con este señor, Sarah. Gracias.

Sarah Viggot abandonó su propio camerino, cerrando desde fuera. Arthur Crosby sonrió hacia el detective, que saludó:

—Hola, Sonia. Como ve, he aceptado su invitación. Pero si no pensaba ir a la pensión, podría yo haber ahorrado gasolina. Me gusta el «Roler». ¿Y a usted, señor?

—Me encanta. La señorita Lassen es mi novia. Me llamo Arthur Crosby. Me permití enviarle a Sarah, informándola de que usted era detective privado, aunque ella ya lo sabía, y le hice la promesa de regalarle un broche a su gusto, si ella le ofrecía doblar el precio que le paga su actual cliente.

—Huele a soborno, señor Crosby. Pero un billete de mil dólares es la mejor escoba para barrer mis escasos escrúpulos.

—Debió extrañarle que mi novia, oyendo citar a Gavin Holden, le invitara a telefonearla a su pensión, para informarle de quién se trataba.

—Si yo me extrañara tan fácilmente, hubiese elegido otra profesión, señor Crosby.

—La invitación de Sonia incluía a su actual cliente.

—Larry Mortimer prefirió esperarme en mi oficina.

—Sonia, gracias… Hablaré a solas con el señor Seldom. No te arriesgues demasiado en la pista, querida.

Sonia Lassen abandonó el camerino. Curt Seldom se instaló en la silla por ella abandonada. Arthur Crosby vestía elegantemente, pero con algún detalle chillón.

—Me gustaría hablar claro, Seldom.

—Por mí no se prive.

—Si le entrego mil dólares, ¿tengo derecho a saber cuanto le haya confiado Larry Mortimer?

—Haga la prueba.

De un billetero bordeado de oro, extrajo Crosby un billete de quinientos, y lo presentó.

—El resto al final de nuestra conversación, Seldom.

—De acuerdo. Empiece.

—¿Por qué fué a buscarle Mortimer?

—Dijo que tenía amnesia y le interesaba encontrar a un tal Gavin Holden. Yo le indiqué que un buen informador era Compton, dueño del bar «Dingo», en Pacific Street. Pero Compton negó conocer a Holden. Y entonces su novia de usted, me susurró que ella sabía quién era Gavin Holden y se marchó. Se lo dije a Mortimer, el cual pareció atacado de furor contenido. Me contestó que no recordaba para nada a Sonia, pero que era urgente ver dónde estaba la trampa.

—¿Y no le ha dicho Mortimer quién es Gavin Holden?

—Ni palabra.

—¿Y usted cree en la amnesia de Mortimer?

—El cliente siempre tiene la razón, amigo mío.

—Está usted embarcándose en un mal asunto, Seldom, si continúa parapetando a Mortimer.

—¿Cómo voy a parapetar a un héroe que casi tomó por asalto a solas toda una colina coreana? Él me dijo qué me necesitaba como cerebro, y que no debía separarme de él ni un segundo, pero cuando veníamos hacia aquí, se desdijo. Me pidió la llave de mi despacho, y me dijo que tan pronto averiguara lo que tenía que decirme Sonia, fuera a comunicárselo.

—Mortimer se ha vuelto muy confiado.

—Supone que quinientos de paga y señal, me convierten en digno de su confianza.

—Apártese de este supuesto héroe.

—Lo es.

—Pero antes de ir a Corea era otra cosa muy distinta, aunque la policía lo ignore. Casi convendría más que regresara a Corea, o que hubiese muerto gloriosamente. Es extraño, pero usted de nada se

asombra, según afirmó… Hay quien daría bastantes billetes por ver a Mortimer de nuevo en Corea… o incapacitado para molestar.

—¿Gavin Holden?

Rió Crosby con una ironía de íntimo regocijo. Replicó al cabo de unos instantes:

—El problema puede ser interesante. Larry Mortimer es ahora un héroe, y si muriera de mala manera aquí, en suelo civilizado, armaría un alboroto su muerte.

—Hay modos y modos de morir, señor Crosby.

—Larry Mortimer participó en un asunto muy sucio, Seldom. Un asunto que los federales nunca han aclarado. ¿A qué ha venido Mortimer? ¿A confesarse a los federales?

—No habría venido a verme, si tuviera tal intención.

—Esto es lo que hemos deducido.

—¿Hemos…?

—El caso es que si encontraran a Mortimer muerto, sin hallar el autor, éste ganaría diez mil dólares. Usted puede conocer asesinos profesionales. Como ve, soy claro.

—¿Tanto miedo le da el regreso de un héroe, señor Crosby?

—Disfruto de una posición sólida, y no quisiera perderla. Hemos considerado muy anormal que Larry Mortimer se haga acompañar por usted, como si necesitara un peligroso testigo. Me gustaría poder hablar con Mortimer, pero evitando que éste, con su mal carácter de camorrista, me impida hablar.

—Tiene fácil arreglo. Él me espera. Puedo dejarle en condiciones de escuchar sin interrumpirle, señor Crosby. Vale tres billetes más como éste.

—De acuerdo. Espéreme en su coche, Seldom.

—Le espero.

Curt Seldom, al salir del local, daba vueltas a un interrogante: ¿qué secreto poseía Larry Mortimer, que valía diez mil dólares para quien lo asesinara?

CAPÍTULO VII

Larry Mortimer avanzó hacia el taxi seguidor, cuyo chofer debió considerar muy urgente encogerse de hombros en gesto de excusa.

La portezuela posterior se abrió, y descendió Jessica Mortimer.

—Hola, hermana. ¿No te parece que nos costará menos el emplear un solo cacharro?

Jessica Mortimer tendió un billete al chofer, que muy aliviado pisó el embrague.

—Mi padre me envió a recoger el «Studebaker» a Bay Mission. Le he estado siguiendo desde que dejó el coche. Me había anticipado a su salida de casa. ¿Por qué ha vuelto a San Francisco?

—Me trajeron, hermana, y además habrás leído el comunicado médico. He perdido hasta tal punto la memoria, que ni siquiera a ti, mi hermana, te reconozco.

—Usted sabe perfectamente que nos tiene aterrorizados. Y yo le he seguido para suplicarle que no remueva cenizas.

—¿Cenizas?

—Sabe perfectamente de lo que hablo. No finja conmigo. Si le hicieron una mala jugada… debió vengarse entonces, no dos años después…

Parecían dos novios enzarzados en solemne discusión, al borde de la acera del parquecito poco transitado. El cercano farol, iluminándolos, desmentía para un observador perspicaz, la idea de que fueran dos novios.

Larry Mortimer murmuró:

—Sería trágico si no fuera grotesco, Jessica. ¿Por qué el que dice ser mi padre, no me inspira el menor cariño? ¿Por qué, tú, mi hermana… me tratas de usted?

—Hice un juramento como tía Rosa y como mi padre. Lo

cumplo.

—¿Qué juramento, maldición?

—No me ponga a prueba. Juré… y no debería siquiera interesarme por usted. Deje ya a Crosby y a Parkington. Olvídese ya de Teresa… Lo siento. No debí citar este nombre. Lo había jurado.

Larry Mortimer se acercó más, y cogió por el codo a Jessica Mortimer.

—¿Por qué tiemblas, nena? ¿Tanto miedo doy? ¿No soy un valeroso ciudadano condecorado? ¿Cómo he de decirte que es verdad que tengo el cerebro que no carbura, según dictaminó el médico? No durará… pero mientras es para volverse loco, ¿o lo estoy? Has hablado de Teresa Holden. La estoy buscando. Vas a ayudarme.

—No. Usted sabe perfectamente lo que hemos jurado los Mortimer. Usted nos está poniendo a prueba a todos los que conocemos su secreto. Y no está bien. Vivíamos tranquilos hasta que volvió…

Larry Mortimer sacudió por el codo a la muchacha.

—¡Condenación sobre ti, Jessica, si no hablas y pronto!

Ella dilatados los ojos, miró en rededor, y suplicó precipitadamente:

—Suélteme… Suélteme…

Un policía uniformado se aproximaba cachazudamente. Tocó el borde de su visera para después mirar con reprobación a Mortimer.

—Mi joven amigo… Si la señorita no está conforme, no la sacuda. No son maneras.

—¡Es mi hermana y métase en lo que le debe importar!

—Vaya, vaya… ¿Agresivo, nervioso y tal, no, mi joven amigo?

Jessica Mortimer juntó las dos manos, casi en fervorosa súplica.

—No sabe lo que se dice, y es mi hermano. Mejor será que me acompañe hasta que encuentre un taxi, ¿quiere?

El guardia se rascó la sien, mirando dubitativamente a Mortimer. Éste hundió rabiosamente las manos en los bolsillos.

Jessica Mortimer asió ahora el brazo del guardia, que preguntó:

—¿Está conforme que se vaya su hermana, mal genio, o nos vamos los tres a comisaría?

Larry Mortimer dió media vuelta para alejarse a paso largo. El guardia hizo ademán de seguirle, pero Jessica le contuvo.

—Es mi hermano, y está un poco desquiciado.

—¿Sí? Pues peor aun.

—Está convaleciente y regresó hace tres días de Corea. Se llama Larry Mortimer, y yo soy Jessica Mortimer. Me reprochó el haberle seguido. Hice mal en seguirle. No está loco ni es peligroso. Tiene amnesia. Llevo aquí el informe médico. Es copia. Y mi documentación…

—Bien, bien, no se inquiete. No ha pasado nada. Pero será mejor que se vaya a casita, ¿eh? Déjeme tomar nota de sus apellidos y dirección, Jessica. Cuando yo llegué, tenía usted la cara muy asustada. Y realmente, tiene mal genio su hermanito. Déjeme echar un vistazo al informe médico, mientras la acompaño a sitio más concurrido.

En un taxi, dió Jessica Mortimer la dirección de Bay Mission, en que aparcaba el «Studebaker». El guardia, insertando su libreta en la funda horizontal de su guerrera, prosiguió su ronda.

Larry Mortimer, caminando hacia Sunset Avenue, trataba de apaciguarse. ¿Por qué latían tanto sus sienes? ¿Por qué aquella simple palabra, «cenizas», le daba aquel desagradable sabor de boca?

Era un simbolismo. Había querido ella significar que el pasado era mejor no removerlo…

¿Cenizas?… Hubo como un pequeño fogonazo ante sus ojos. Se detuvo para apoyarse en la pared, junto a un escaparate.

Una fugaz visión, de un camión con las ruedas girando hacia el cielo, llamas prendiendo…

Sacudió la cabeza. Una voz preguntaba:

—¿Se encuentra mal?

Miró hasta reconocer a otro guardia. Una especie de fauna abundante y demasiado solícita.

—Un vahído. Me da de vez en cuando. Nada importante, guardia.

Hurgó en su bolsillo superior, hasta extraer el disco dorado, que se insertó en la solapa. El guardia se convirtió de oficioso, en paternal.

—Muchacho… No debería salir sólo si está convaleciente. Sobran señoritas enfermeras que estarían muy orgullosas de acompañarle.

—Un buen consejo. Iré a buscar a una.

—Eso es, muchacho. Suerte, muchacho.

El guardia se alejó con su mesurado paso tras saludar casi marcialmente, con sonrisa afectuosa.

Y Larry Mortimer sintió renovarse su íntima furia en la neblina de su cerebro. ¿Por qué le emocionaba la cariñosa actitud de un guardia?

Estaba seguro que él despreciaba a todo lo que fuera Ley, y organización policíaca.

Llamó a un taxi, y mientras se dirigía hacia Chinatown, se esforzó en dejar de pensar. Seguía viendo un camión ardiendo… Cenizas…

Notó que sus ojos ardían febrilmente. Y de pronto todo dió vueltas alrededor del taxi. Lo último que pensó, fué que ya sabía quién era Gavin Holden.

El chofer, frenando en seco, casi chilló:

—¡Eh, guardia! ¡Un pasajero que se ha desmayado!

CAPÍTULO VIII

Larry se incorporó avergonzado, para sentarse en el diván de la farmacia y droguería, en cuya trastienda estaba. Solícito, el farmacéutico, el chofer de taxi y una mujer que dejó de abanicarle, le miraban cariñosamente, inquietos.

—Pasó. Me dan vahídos. Vuelvo a casa. Gracias. ¿Debo algo?

—Nada, muchacho; nada. Pero no debería andar solo.

Se levantó, aceptando el brazo que le tendía el taxista. Era casi agradable aquella sensación de ver humanidad cordial en su rededor, cuando llevaba en el ojal de la solapa su condecoración.

Fuera había un grupo de curiosos, que despejó el chofer, comentando:

—Circulen, circulen. El muchacho está ya en forma.

«El muchacho»… Eso era para guardias y gente decente, que sólo veían su condecoración. El chofer casi cayó al interior, al pretender ayudarle a sentarse.

—Ya pasó, amigo. Lléveme a la dirección que le indiqué.

—Ya mismo, capitán —sonrió el taxista.

Generalmente aquella gente era indiferente o grosera. Pero se convertía en cariñosa para el «héroe»…

Descendió en la estrecha bocacalle, y casi tuvo que emplear la fuerza para colocar un billete en manos del chofer, diciendo:

—No hay razón para que trabaje gratis. Voy a licenciarme…

Se alejó hacia el portalón de acceso al despacho de Seldom. ¿Licenciarse? Pensó en Alcatraz. Ya sabía por qué le estremeció la isla del presidio.

Subió las escaleras, y empujó la puerta tras introducir la llave prestada por el detective. Tardó en encontrar el interruptor. Y estimó más prudente esperar en el sillón dotado de almohadones

que solía acomodar la «compacta» anatomía de la secretaria.

Un sujeto simpático en su granujería, aquel pelirrojo tramposo. ¿Tramposo? Colocó los pies sobre el reborde de una mesita, y cruzando las manos sobre el estómago, miró hacia la puerta.

Si Arthur Crosby había creído convencer a Seldom, o éste se había olvidado de sus diez minutos por año de «oro ley», él dominaba la situación.

Como la creía dominar, dos años antes, hasta que recibió aquella carta de Teresa Holden… Teresa…

Era bonita, sin ser hermosa. Unos ojos picarescos, algo achinados. Una boca de cría, de fácil sonrisa y fácil llanto. Una piel muy lechosa. Un angelito malicioso, de claros ojos…

Introdujo la diestra en el interior del cruce de su americana. Los pasos que se oían, podían ser los de «Mecenas»…

La puerta se abrió de golpe, y pálido, contraído el rostro, Curt Seldom entró, para más que reclinarse, pegar con la espalda contra la puerta.

Su mano derecha cerró tras él el pestillo. Su brazo izquierdo colgaba inerte. En vez de mano zurda, llevaba un amasijo de tela enrojecida.

Saltando en pie, «Larry Mortimer» corrió hacia el detective. Había preguntas necias, y las omitió.

Lo enlazó por la cintura y Seldom indicó:

—Aquella puertecita oculta un cochambroso lavabo. Hay alcohol, gasas y trastos.

—¿Te han dado caza?

—Casi… Pero llegué sin ser seguido.

En el lavabo, Seldom se dejó caer en un taburete. Se mordió los labios, mientras su «cliente» le quitaba la americana. Fué experto el rasgón con el que, de arriba abajo, arrancó el sargento voluntario, la manga de la camisa tinta en sangre.

—La bala está quemando condenadamente, Larry. Y nunca me han gustado los médicos. Hacen preguntas.

—Calla y muérdete el puño.

Curt Seldom calló y se mordió el puño derecho, cerrando los ojos. Era salvaje aquel modo de curar. Los dedos de su curandero, eran de hierro en rededor del bíceps…

—Va bien. La veo claramente, Seldom. Tienes una sangre

hermosa. No sé si toca hueso. Puede que te desmayes… Eso nos pasa. No te estoy vaciando la bolsa… ¡Ajá! Un cuchillo… Eso de la desinfección es relativo, ¿sabes? Después, con alcohol por fuera y alcohol por dentro, desinfectado…

Curt Seldom gimió lastimeramente. Casi estaba por chillar argumentando que prefería conservar la bala en la carne del bíceps, a tener que ser acuchillado.

Un escozor que le recorrió todo el cuerpo, le galvanizó. Abrió los ojos. Ya de espaldas, «Larry Mortimer» tiraba al suelo un trocito de plomo.

El sargento conservaba la mano izquierda sobre las gasas impregnadas en alcohol, que penetraba en la brecha sangrienta. Se volvió.

—Lo llamábamos allá un tiro de suerte, Seldom.

—Lo ha sido. Y no me van a dar ninguna medalla, aunque no puedo quejarme, porque he cobrado quinientos dólares de Crosby. Un trago, Larry… En mi despacho, cajón tercero a mano izquierda del sillón en que medito.

—Aprieta la brecha.

Poco después regresaba con un frasco de coñac, de cuyo gollete succionó con avidez Curt Seldom, mientras le vendaban con tiras de toalla el bíceps.

Una esponja chorreó por todo su brazo, quitando la sangre. Abrió la mano, soltando el pañuelo…

—Voy resucitando, Larry. Pero si te da igual, quedémonos aquí. Estás bien colocado para ver si alguien intenta abrir mi puerta. Han de saber mi dirección, y que he escapado.

—Veo la puerta, y está cerrada por dentro. ¿Cómo fué la cosa?

—Una patinadora, morena de ojos picaros, se sentó a mi lado, al poco de llegar. Le extrañó que acudiese solo. Había alguien en su camerino de capitana, que me daba el doble que me pagaba mi actual cliente, o sea tú. Fui. Estaba Sonia, algo alarmada, por si yo aludía a su segunda entrevista. Demostré que sólo la había visto y oído en el «Dingo». El tipo de cara zorruna, me dijo que se llamaba Crosby. Dio bastantes rodeos, pero te valoraba en diez mil dólares, por su cuenta y la de otro u otros que no citó. Diez mil dólares si morías sin armar escándalo. Es decir, arreglando yo el modo de que viniera aquí, sin que tú pudieras armar camorra.

—Otro trago, Curt. Eres «oro de ley».

—Nada como el coñac para tonificar el ánimo. Resulta que tú puedes comprometer la rica situación de algunos, que piensan que finges la amnesia, y Crosby quería saber si me habías dicho quién era Gavin Holden. Me dijo que estaba embarcado en mal asunto, al parapetarte a ti. Que hubiera sido mejor que murieras en Corea, gloriosamente. Que alguien daría a gusto diez mil dólares si regresabas a Corea… o te morías poco gloriosamente. Y quedé en esperarle fuera, en mi coche alquilado.

Fue el oyente el que ahora bebió de la botella.

—Me metí en el «Chrysler» para conducir hasta la fachada posterior. Salió Crosby… y yo di todo gas. No huelo la pólvora antes que queme, pero sí identifico un silenciador y su fogonazo. Le soplaron a Arthur Crosby a lo menos cuatro plomos en sordina, y yo no pedí el resto de la cuenta. Di gas, sin saber si tenía la bala en el brazo izquierdo, o en el cogote. Viré, y conduje menos de prisa. A estas horas, estarán preguntando en el «Aquárium», y no sé cómo podrá callar la novia de Crosby, y la morena Sarah. Si no vienen los que han silenciado a Crosby, vendrá la policía, Larry. Tengo una fama especial entre la policía, Larry. ¿Estás en condiciones de soportar un interrogatorio federal?

—Yo sí. ¿Y tú?

—Depende de lo que a estas horas hayan dicho Sonia y Sarah, la emisaria segunda de Crosby.

—Me extrañaría que Sonia nos cite, y en cuanto a Sarah, si te sirvió de embajadora para Crosby, callará. Pero si puedes andar, vámonos a otro sitio.

—Mejor. Puedo andar, porque lo hago con las piernas. Lo malo es que la americana está sucia. Pero tengo una gabardina.

Curt Seldom esperó de pie. Le ayudó el sargento voluntario a enfundarse en la gabardina.

—¿Dispararon, desde dónde, Curt?

—A mi derecha, o sea desde la fachada del local. Pero yo no pretendo lucir esta medallita, y el «Chrysler» funcionó a las mil maravillas.

—Tal vez la bala que te alcanzó, no iba destinada a ti…

—Eso me recuerda al que atropellan entre las hileras de clavos para peatones. Tiene, toda la razón, pero se muere.

Tras la puerta, antes de abrirla, dijo el sargento:

—La cosa se precipita, Curt. Aquí, bien encerrado, estás a salvo.

—He cobrado, ¿no? Además existe un vicio llamado curiosidad, que no es privilegio femenino. Si te matan, vales diez mil dólares, lo cual significa que vivo, vales lo menos diez veces más.

—Lo menos…

Abrió la puerta, manteniendo la diestra en el interior de su americana. Tras él, Curt Seldom imitaba su gesto.

Bajaron las escaleras, con normal actitud. Dos mujeres y un hombre discutían algo referente a un dentista poco meticuloso. En la estrecha calle, una chiquilla gritó:

—¡Señor Seldom! Papá quiere saber si devuelve usted el coche.

—Mañana, niña; mañana.

Ocupó el volante el sargento, y a su lado, con cierta dificultad, se retrepó Seldom.

Una calle estrecha con mucha gente, que se apartaba sin prisas al conjuro del clacxon. Otra más amplia, la de tenderos orientales, y a veinte metros, la ampliación de Nob Hill, y el tramo de ferrocarril aéreo.

Pisó más a fondo el acelerador el sargento, comentando:

—Vamos a un sitio llamado Pinar Nevado. ¿Lo conoces?

—Creo que es sudoeste, hacia Santa Clara.

—Ramal oeste, sobre la bahía. Un panorama de granjas, y allí está la que pertenece a los Mortimer.

—Parece que al pronunciar el apellido, recargas la nota desdeñosa.

—De los cuatro Mortimer, sólo Jessica es decente.

—No me gusta eso, Larry. Al fin y al cabo, la familia es la familia.

—Eso digo yo, si los Mortimer fueran mi familia.

—No compliques más las cosas, guerrero. Me hablaste de tía Rosa, del viejo Joe, tu padre y de Jessica, tu hermana.

—Te pertenece seguir en mi barco, Curt. Yo no soy Larry Mortimer.

—En el ejército os toman las huellas dactilares. No cabe que sustituyeras a un cadáver destrozado en el campo de batalla.

—Es que lo sustituí entre las cenizas de un camión ardiendo, boca arriba. Yo soy Gavin Holden.

CAPÍTULO IX

Curt Seldom boqueó como un pez fuera del agua. Se acarició, por encima de la gabardina, el vendaje.

Gavin Holden siguió conduciendo en silencio. Un rictus que quería ser cínico, crispaba su boca.

—Sobre locos no hay nada escrito —comentó Curt—. Pero si tienes la facultad de razonar, es que no estás para que te encierren, Larry. Tu padre, tu tía y tu hermana te esperaban en el muelle, ¿no? Tu documentación militar está extendida a nombre de Larry Mortimer, y en la oficina de reclutamiento de voluntarios, exigen la presencia de un familiar, que asiste a la toma de las huellas dactilares.

—Joe Mortimer y tía Rosa vinieron conmigo, dando fe de que yo era Larry Mortimer. También los federales que persiguieron un camión, dieron fe de que entre las cenizas había perecido Gavin Holden. El jefe de una pandilla de contrabandistas, que no quiso parar el camión cuando los federales le dieron el alto.

—Bien. Si Gavin Holden quedó hecho papilla con el camión…

—Era Larry Mortimer, con el reloj brazalete, el dije, y un anillo, propiedad de Gavin Holden. El metal no se funde si es oro… Ya estás embarcado, Curt. Te pertenece saberlo todo.

—No estás obligado.

—De algo hay que hablar, y viste morir a Arthur Crosby… como yo vi morir a Larry Mortimer sin poderlo remediar. La cosa empezó así. Hace dos años y medio.

—Hace menos de dos horas, no carburabas.

—Hasta que oí la palabra «cenizas», y recordé un camión ardiendo en una hondonada. Hace dos años y medio más o menos, yo, Gavin Holden, residía en Sacramento, accidentalmente. No me

gustaba trabajar, y tenía bastante suerte en las carreras de trotones. Pero salí de San Francisco porque me convenía respirar una temporada otros aires. Me había creado fama de «terror» entre los granujas de poca monta. Yo era Gavin, el que no se dejaba pisar un callo. Hubo una reyerta, y preferí escapar antes de que la policía me hiciera la ficha. En Sacramento conocí a Teresa… Me pareció distinta a las demás. Una manicura. Pero me pareció distinta, y le gusté. Tenía ahorros, y nos casamos.

La carretera ascendía, espaciándose ya la urbe.

—Amor a troche y moche, hasta que los ahorros se acabaron. Y vino a verme Larry Mortimer. Le conocía de «Frisco». Un sujeto que se jactaba de ser la desesperación de su papá. Un tipo listo. Me pidió unos billetes prestados, y le dije que estaba limpio. Pareció complacerle la noticia. Según él, había cierto «Mecenas» que capitalizaba un gran negocio, pero era necesario alguien con agallas. Yo.

Curt Seldom escuchaba ojos cerrados. Le gustaba imaginar como si lo viera en una pantalla, lo que estaba oyendo.

—No podía revelar quién era el tal «Mecenas», ni a mí me interesaba. Yo sólo quería ganar dinero, porque no quería que Teresa volviera a barnizar uñas. El negocio era sencillo. El «Mecenas», por intermedio de Larry, me entregaba dos mil dólares. Con ellos podía pagar el primer plazo del camión, y adquirir licencia de transportista en el sector Sacramento, Bahía, y sur hasta Santa Bárbara. Daría a entender que se me había dado bien las carreras. Pero tenía que elegir dos tipos, yo les tenía que imponer como condición, no enterarse de la carga.

—¿No tenía agallas Larry?

—No. Cerebro nada más. Mucho cerebro. Yo elegí a Arthur Crosby y a Gene Parkington. Recibí de manos de Larry dos mil, y adquirí un «Stewart» a mi nombre, firmando compromiso de pagar cada mes, otro tanto, y Larry comprobó que, como era el deseo de «Mecenas», inscribía con nombres falsos a Crosby, Parkington y al mismo Larry. Dos semanas cargando fardos que dejaban un escaso beneficio. Y Larry tocó el tambor. Había llegado el momento de ganar los billetes, pero era preciso una persona enteramente de confianza. No podía ser ningún granuja. Alguien plenamente seguro. Se trataba de contrabando de pieles australianas. Burlar el

fisco suponía miles y miles. «Mecenas» sabía dónde recoger las pieles, pero ¿quién me las entregaría para cargarlas en el camión?

—Tú te confiaste a Teresa.

—Así fué. Le dije que era un contrabando inocente. Que sólo trabajaría unos meses, tan pronto reuniera veinticinco mil, nos iríamos ella y yo a otro Estado. Ella se resistió, y yo supe ser elocuente. Aceptó. Larry era el portavoz de «Mecenas», que aceptaba como garantía inmejorable que el *gang* contrabandista de pieles, fuese mi esposa. Larry le comunicaría a ella el sitio donde encontraría las cajas de pieles, y me las entregaría. Si yo respondía de la discreción de Crosby y Parkington, que manejaban el segundo camión adquirido también a mi nombre, con mayor motivo, tenía que ser discreto. Le indiqué a Teresa que bajo ningún concepto se sintiera femenina, o sea curiosona. Lo juró.

Una brusca carcajada arañó el oído de Curt Seldom.

—Todo iba como una seda. Teresa esperaba en sitios distintos, y cargábamos el alijo. Era natural que mi esposa me acompañase de vez en cuando. Los dos camiones con su suplemento de carga, quedaban en el garaje, y yo me iba a casa con Teresa, cerciorándome de que Crosby y Parkington nunca tocaban una sola caja. Al día siguiente, en los dos camiones transportábamos las cajas de pieles. Sólo dos o tres por viaje. Pieles de marta y zibelina, dijo Teresa.

—Defraudación al fisco, son a lo más dos años de cárcel, Gavin. Y es mejor que despeñar el camión.

—Eso le dije a Larry, cuando un coche federal surgió de un cruce, haciéndome señales de que parase. Larry se acurrucó, y yo celebré que en aquel viaje no tomase parte el segundo camión ni Teresa. Pero Llevábamos tres cajas. Apreté a fondo el acelerador, porque Larry lo suplicaba con frenesí. Estaba verde de pánico. No eran más que pieles de cordero lo que contenían las cajas, pero había unas cajitas entre las pieles. Con opio para los fumaderos. Catorce años de presidio…

—Ni un mes menos.

Frenó Holden para detener el coche en la entrada de un sendero.

—Los federales no me creerían si les decía que yo no sabía nada, y que me suponía ser un tipo con agallas, discreto, llevando pieles caras, por cuenta de un desconocido «Mecenas». Había muchas

curvas, y le indiqué a Larry que en una de ellas, debíamos saltar, porque los federales nos iban a dar alcance. Le expliqué que era preferible unos arañazos. Cuando yo frenase en seco, él debía mantener la puerta de su lado abierta, y saltar. Se puso muy nervioso. Yo frené en el sitio oportuno, y le grité que saltara. Yo salté y bajé rodando una ladera. El camión dió varias volteretas, y llegó antes que yo al fondo de la Hondonada. El coche de los federales pasó de largo. No debían volver hasta no ver el fuego que prendía en los matorrales del fondo. Matorrales que amortiguaron mi caída hacia abajo. El camión ardía y Larry se había roto la cabeza en el interior de la carlinga. Estaba muerto.

—Y entonces tú le quitaste lo que pudiera identificarle, y le colocaste tu reloj brazalete, tu dije y el anillo.

—Lo hice, y vi cómo los federales acudían. Sólo recogerían un cadáver calcinado con tres joyas llevando mi nombre. El único que conocían como dueño de dos camiones. El segundo camión apareció también calcinado. Obra de Crosby y Parkington. Pero ellos estaban a cubierto. Llevaban otros nombres. Yo siempre fui el que daba la cara. No podía avisar a Teresa personalmente. Telefoneé desde un hotel de Santa Bárbara. No estaba. En mis bolsillos llevaba todo lo que recogí de los de Larry Mortimer. Había una carta, en cuyo sobre reconocí la letra de Teresa. Me decía que no podía resistir más el ser la esposa de un bandido como yo. Que no nos volveríamos a ver. Que entregaba aquella carta a Larry, para que éste me la diera. Me había querido, pero yo iba a tener un mal fin, y ella no quería presenciarlo. Era una chica decente.

—¿Sí?

—Se llevó mis billetes, pero me consta que era irreprochable desde el punto de vista conyugal. Fué mi esposa casi medio año. Reflexioné que los Mortimer esperarían noticias de su hijo Larry. Y la policía no conocía a ningún Larry Mortimer, como contrabandista de opio. Fui a esta granja que allí ves, al final del sendero.

—¿Te conocían ellos como Gavin Holden?

—Joe Mortimer fué estoico y sublime. Ordenó a su cuñada y a su hija que salieran del salón. Admitió que Larry le había explicado el negocio, pero hablando de pieles, y que sabía quién era yo. Comprendió perfectamente, que la muerte de Larry no era sino un accidente. Yo le entregué todo lo que llevaba encima Larry, menos

la carta de Teresa. Había veinte billetes de mil. Le dije que de nada serviría revelar a los federales que el cadáver de Gavin Holden, era el de Larry Mortimer. Un supuesto deshonor para ellos, dijo.

—Paz a las cenizas de Larry, ¿no?

—Así fué. Y me recomendó que huyera lejos. Me ofrecía hospitalidad, pero sería mejor que huyera lejos. Y entonces le propuse que me facilitara una decorosa huida. Corea. Llamó a tía Rosa y a Jessica. Les hizo jurar solemnemente que siempre me llamarían Larry, y que si en Corea moría un Larry Mortimer, sería honroso. Jessica se oponía, pero las lágrimas de tía Rosa, y la digna actitud paternal, la hicieron jurar. Y Joe Mortimer con tía Rosa, me acompañaron a la oficina de reclutamiento, firmando su aceptación de mi enrol. Todo en regla. Y sólo a bordo, empecé a pensar que yo era un cobarde.

—Hiciste lo mejor, Gavin. No valía la pena perseguir a Teresa, la rata que abandonó el barco que hacía agua.

—En las noches de centinela, se piensan mil tonterías. ¿Estaba Teresa en complicidad con «Mecenas» y Larry para engañarme? ¿Sabía por «Mecenas» que los federales iban a registrar mi camión? Me entraban momentos de depresión… En el primer arrebato depresivo, ascendí a cabo, con citación personal. Puede que Sonia tenga razón… ¿Buscaba yo suicidarme? Ascendí a sargento al año y medio. Todos me consideraban un mercenario camorrista, un valentón suicida. Aguardé el término de los dos años de alistamiento, dispuesto a remover cielo y tierra hasta dar con Teresa Holden. Conseguí leer unas declaraciones suyas. No tenía la menor idea de que yo fuera un contrabandista. No sabía quiénes podían ser los tres cómplices fugitivos. El periodista casi encontraba crueles a los federales interrogando a la viuda irreprochable, víctima de un *tough* como yo. Había recuperado su nombre de soltera. Un feo apellido…

—Este que viene allí, con su linterna…

—Joe Mortimer.

El robusto y canoso Mortimer vino a acodarse en la ventanilla.

—Me intrigó el coche aquí parado, Larry. ¿Un invitado tuyo?

—Sí. Un detective privado, el señor Curt Seldom.

—Encantado de conocerle, señor Seldom.

—Creo que no le encantará, Joe. Sabe que soy Gavin Holden.

—¡Santo cielo! Debiste… debiste pensar en nosotros… en ti mismo, en nuestro juramento…

—Han matado delante de él a Arthur Crosby.

—¿Quién?

—Usted lo sabe, viejo.

—¡Santo cielo!

—Deje en paz las alturas, Joe. ¿Cuántas personas saben que Larry Mortimer es Gavin Holden? Yo, y tres Mortimer. ¿Por qué pues, me quiere o quería eliminar Arthur Crosby? Era ya un hombre rico…

—Te pudo ver por la ciudad.

—¿Sí? ¿Y antes de llegar el sargento Larry Mortimer, enviaba él a su novia a esperarme? ¿Y consultaba a diario la «Corean Gazett»?

—Me duelen tus palabras. Yo soy el último en desear que se sepa que tú no eres Larry Mortimer. Y en cuanto a tía Rosa y Jessica, las pobres… Jessica me ha dicho que entraste en el «Dingo». Allí iba mi hijo…

—Y también fui yo unas pocas veces, aunque entonces no era el dueño Frank Compton. ¿Quién le dijo a Crosby que el sargento Mortimer era en realidad Gavin Holden, si sólo lo sabíamos nosotros cuatro?

Había bajado del coche Gavin Holden. Joe Mortimer se cruzó de brazos.

—Como quieras, Gavin. Yo soy el primero en lamentar…

—Un momento, Gavin —y Curt Seldom asomó el busto—. No debes acusar a este pobre hombre. Hay una explicación que todo lo aclara. ¿Qué pasó cuando te ascendieron a cabo, y te citaron? ¿Qué pasó cuando te ascendieron a sargento? Los reporteros se vuelven locos para dar fotografías de héroes.

—Sí, me retrataron y no lo pude impedir.

—Está claro. Casualmente, Crosby o Parkington hojean una «Corean Gazett» y ven tu retrato. Comprenden entonces lo que pasó en el camión, y se alarman. Leen a diario el periódico del frente, y cuando ven que el sargento Mortimer regresa, con la aureola del héroe, empiezan a temblar. Viene el coco. Les buscará, preguntando por «Mecenas». Y tú preguntas por Gavin Holden. Frank Compton, al que no conocías, bien pudo reconocerte como el *tough* Holden, y consideró tu pregunta como una prueba de si era un chivato. Por

eso dijo que no había oído nunca hablar de Gavin Holden, y te aguantó la provocación.

—De algo sirve tener un detective al lado, ¿no, Joe? Perdone, viejo, pero un momento me olió usted a tramposo. He estado pensando que no fue tan gran favor el darme los papeles de su hijo, y regalarme sus dactilares, con su presencia en la oficina. Usted mismo reconoció que Larry me había engañado. Yendo a los federales, yo hubiera podido librarme. Ahora ya no hay remedio. Sigo siendo Gavin Holden.

—No…

—Lo sigo siendo, porque no descansaré hasta dar con Parkington y con Teresa. Y sobre todo con «Mecenas». Un tipo muy listo. Casi seguro el que liquidó a Crosby, temiendo que éste en vez de eliminarme, me informase.

—Harás lo que mejor te convenga, Gavin Holden. Yo mantengo mi juramento, y sólo tú puedes relavarte de su cumplimiento. Buenas noches, señor Seldom. Aunque modesta, está usted en su casa.

Joe Mortimer se alejó con paso de abatimiento. Seldom murmuró:

—En parte tiene razón el viejo. Valdría más que continuaras siendo el heroico sargento Larry. ¿Qué te importa ya saber si Teresa te engañó? ¿Qué te importa quién es el «Mecenas»?

—En el contrabando se ganó al menos medio millón.

—¿Quieres tu parte, Gavin Holden?

—Es muy mía, ¿no? Perdí mi esposa… y me acobardé, ¿no? Gané unos cochinos billetes, jugando limpio creyendo transportar pieles, y el «Mecenas» se estaba riendo de mí… con Larry… y a lo mejor con Teresa.

—¿Has pensado que si me acerco a Parkington, se puede repetir lo sucedido con Crosby? —apuntó Seldom.

—Por eso mismo, vas a quedarte en esta granja.

—Me metiste en tu barco, Holden. Seguiré llamándote Larry. Piensa en los Mortimer… Vas a hacerles encerrar por falsedad, y al fin y al cabo, te facilitaron una decorosa huida.

—Te escogí como lugarteniente. Hay billetes grandes a la vista, tan pronto demos con la pista de «Mecenas».

—Es verdad. He cobrado veinte por hora.

—Celebro que lo recuerdes. Esta noche dormiremos aquí. Mañana leeremos los periódicos.

—Salvo si Sonia o Sarah han hablado de un tal Larry Mortimer, a quien Crosby parecía temer como la peste. Los federales se plantan en la granja, y nos copan.

—Sonia no hablará, y en cuanto a la llamada Sarah, no tiene por qué complicarse la existencia.

—Soy pelirrojo y conocido.

—Pudo llamarte Crosby para un asunto de tu profesión.

—Sí. Pudo llamarme para jugar los dos al tiro al blanco. En fin, en otras si no tan liadas, sí apuradas, me vi, y los federales gruñeron, pero no me quitaron la licencia. La noche se ha hecho para dormir.

Gavin Holden asintió, disponiéndose a subir al «Chrysler». Fué el momento que esperaba Curt Seldom, para emplear la mano derecha cerrada en rededor de la culata. Un golpe científico para quitar el sentido al más robusto, sin romperte la base del cráneo…

Gavin Holden quedó de bruces contra la portezuela. Las tinieblas normales invadieron su cerebro…

CAPÍTULO X

A las nueve y media de la noche, Curt Seldom había devuelto el «Chrysler» y recuperado la mayor parte del billete de cien dólares.

Cenó con un apetito voraz después de haber leído todos los periódicos de la noche, sólo en lo referente al asesinato de Arthur Crosby, en plena acera frente al «Aquárium» en su sección de salida del «Roler».

No se mencionaba para nada a Sarah Viggot ni a Curt Seldom. Tan sólo breves frases dedicadas al dolor de la novia de Crosby, la gentil Sonia Lassen.

Reconfortado por la cena y la lectura, Curt Seldom tomó un taxi para dirigirse a su oficina. Lo abandonó en la esquina.

Pasaban mujeres hacia sus nocturnas labores. Pero la que esperaba en el umbral, no era mariposa nocturna…

—Buenas noches, Seldom.

—Lo son al verla a usted, monada.

—Mi amiga Sonia está preocupadísima. Hemos preferido no citarle para nada a usted.

—Una discreción recomendable.

—La policía sabe que un «Chrysler» gris salió de estampida apenas cayó acribillado el pobre Crosby.

—Las fábricas «Chrysler» echan cada día a la calle una veintena de grises «roadster», según el Instituto Gallup. Yo no fui visto con Crosby, sino en su envanecedora compañía, Sarah.

Sarah Viggot insinuó:

—¿No dispone de un lugar menos ventilado, Seldom?

—Mi corazón, y mi despacho.

—Me quedo con el segundo por unos instantes.

—El primero es de clase superior. No tropiece con las escaleras.

El casero es partidario del ahorro de fluido. Sus ojos iluminaban mi obscura soledad.

—Usted es un pícaro. Pero Sonia cree que es usted un cómplice de asesinato.

—Las señoras primero —dijo Seldom, empujando su puerta.

Sarah Viggot entró, examinando con cierto desdén la antesala.

—El despacho es aún más cochambroso, Sarah.

Ella se sentó en un banquillo. Curt Seldom permaneció reclinado contra la puerta.

—Dice Sonia que fué Mortimer quien mató a Crosby, y que usted hizo de «papel engomado».

—Con tanta propiedad, que me saqué un plomo en este bracito. Puede tranquilizar a Sonia. Ni Mortimer mató a Crosby, ni yo me presté a ser cómplice de asesinato.

—Sonia irá a la policía, si usted no le demuestra que no fué ese sargento Larry Mortimer el que mató… Ella se confió en mí.

Curt Seldom más que nunca fué un regocijado Mefistófeles al adelantar los labios y preguntar:

—¿Cómo se confió a usted Gavin Holden?

—¿Gavin Holden? —repitió ella, brillantes los ojos.

—Existe en la ciudad un libraco llamado Censo. Lo hay también en Sacramento. En la sección matrimonios por mí consultada antes de cenar, se participa el enlace legítimo de Gavin Holden con Teresa Viggot. ¿Tiene usted una hermana llamada Teresa?

—Sí. Fué desgraciada en su boda. Reside en Méjico.

—Una casualidad. Yo tengo un hermano llamado Curtís, y a lo mejor está en Méjico. No juegue conmigo como un ratón, Sarah.

—Rata asquerosa… —barbotó ella.

—¿En qué espejo se mira, Sarah?

—Sabe bien que me refiero a usted.

—No sea ingrata. Dígale a «Mecenas» que con cincuenta mil, se asegura mi eterno silencio. Ha muerto Crosby… y Parkington estará ya corriendo como un gamo. ¿Vale, Teresa, morena de ojos claros, boquita de nene, piel de natilla?

Teresa Holden respiró con ritmo de deportista. Curt Seldom contempló el magnífico busto, y admitió que aquella mujer podía inspirar un amor exasperante.

—¿Es Larry Mortimer quien le hace portavoz de su chantaje?

—No hay chantaje. ¿O lo hay?

—Usted habló con Crosby.

—Lo suficiente para saber a qué atenerme. La banda antigua, tiene nueva piel, y es de cordero.

—Eso sólo pudo decírselo Mortimer.

—Mortimer rindió cuentas hace un poco más de dos años. Su tumba, un camión ardiendo. Agárrese al sillón… que viene curva. Al menos haga ver que se sorprende. ¿Sabe a quién busca Larry Mortimer? Tiene amnesia, y busca a Gavin Holden. También le interesa saber dónde se esconde Teresa, su adorada que quiere matarla, si logra dar con usted. Pero no lo logrará, si yo recibo cincuenta mil dólares. Y usted podrá coger sus patines y trasladarse lejos.

—Creo que es usted el que está patinando, Seldom.

—Tal vez no me consideraría la policía un patinador, si le fuese a explicar determinadas rarezas. Podría decirles que por ejemplo, el sargento Mortimer que demostró su afán de redención, me envió para solicitar de Arthur Crosby, su testimonio ante la Ley. Que atestiguara que Gavin Holden fué embaucado por un incógnito «Mecenas», cuya personalidad seguramente conocía Crosby. Un conocimiento que le fué fatal. Y que por milímetros no me incluyó en la fatalidad.

—¿Dónde está… él?

—Luchando con sus sospechas, pero a buen recaudo. Me eligió como cerebro, pero sus métodos demasiado directos, me hicieron estudiar la conveniencia de operar por mi cuenta. Yo he llegado a una conclusión: Gavin Holden fué engañado como un párvulo… Es curioso, pero estos hombres recios agresivos, esos *toughs* que, cuando dan una palabra de lealtad tienen empeño en cumplirla, son campo abonado para seres como el «Mecenas» que por medio del verdadero Mortimer, hizo creer a Holden que necesitaba un conductor de «equipo granujas», cuando lo que realmente quería era un «tapacloaca».

—Su léxico es poco comprensible, Seldom —dijo ella suavemente.

—Tapacloaca es el que sin saberlo, carga con toda la responsabilidad, si la policía se siente curiosa. Puesto más comprensible, monada. Si los federales entonces cogen el camión,

Larry Mortimer hubiera jurado por todos los diablos, que lo del «Mecenas» era un invento de Holden, un «terror» de granujas. Hubiera sido Holden el que hubiera cargado con toda la responsabilidad. Creo que va abriendo los ojos… El no fué a ver patinar, pero podría ir y no sé cuál sería su reacción al verla a usted, simbólicamente derribar gente, para avanzar sola, triunfante.

—Puede ir a la policía, Seldom.

—De momento, no me interesa. Prefiero apurar mi sed de conocimientos. Averiguar por ejemplo quién trajo a «Frisco» el «Roler», quién capitaliza el negocio, qué clase de marinero frecuentó hace dos años el verdadero Mortimer…, o usted… En fin, ya sabe. Meterme en honduras, y vigilar muy de cerca la aparición de cualquier silenciador. Soy todo suyo, Sarah. Buenas noches. No la acompaño escaleras abajo, porque la he visto patinar, y tiene usted un modo de empujar, perfecto.

Ella en pie, alisó su falda, y ajustó su cinto.

—Ha hablado usted de un marinero, Seldom.

—En el engranaje de la banda que transportaba opio, usted daba el alijo a Gavin, pero a usted, ¿quién le daba el alijo? Tengo grandes amistades en los fondos marineros y hampones. Gente que tiene memoria, si yo la ayudo. Confían en mí, y más si les hablo de un tal «Mecenas», un ricachón. No lo llame chantaje, monada… Llámelo una póliza de seguro de tranquilidad. Creo que cuando hable con Gene Parkington, estará de acuerdo conmigo.

—¿Gene Parkington? Creo que fué amigo de mi difunto marido. Sí, en efecto, lo fué. Pero murió.

—No me diga…

—Ya que es tan aficionado a la lectura de censos, podrá comprobar que Gene Parkington, murió hará cosa de medio año, atropellado con toda normalidad, por un coche de servicio público.

—Lo comprobaré. Si es así, el coche realizó un verdadero servicio público a tres personas: Crosby, fallecido hoy, a usted y a «Mecenas».

Se apartó Seldom de la puerta al acercarse ella, que sonrió aviesamente.

—¿Me teme, pelirrojo?

—Horrores, preciosa. No obstante esta noche iré a verla patinar, hasta que la vea caer… entre rejas.

Ella salió para cerrar de un portazo poco femenino. Curt Seldom volvió a reclinarse contra la cerrada puerta.

Era preciso actuar lo más rápidamente posible… y antes que «Mecenas».

Capítulo XI

Frank Compton asomó sólo la cabeza, apartando una cortina. Su local estaba concurridísimo. Miró al que había provocado la llamada del timbre especial oculto bajo la caja del mostrador, y pulsado por su hombre de confianza.

Curt Seldom sonrió con simpatía:

—El negocio marcha espléndido, Compton.

El ex luchador señaló con la cabeza hacia el interior, donde desapareció. Al fondo estaba su despacho particular. Señaló también con la cabeza un mueble licorera, mientras él extraía una barrita de chiclé de un estuche plateado.

—No me gusta el asunto, Seldom. Pueden acusarme de rapto.

—Tú no eres el cretino bestial que aparentas ser, Compton. ¿Quieres algo más patriótico e inocente, que prestar alojamiento a un amnésico asistido por su propia hermana?

—La chica es honorable, pero Holden está durmiendo porque tú le inyectaste morfina.

—Un remedio adecuado y que le entregaron sin receta a Jessica Mortimer, para su hermanito que es todo un héroe, y se cayó al suelo, en uno de sus vahídos.

—Tiene un trompazo en la nuca, Seldom.

—No me digas… Es lo que pasa cuando se cae uno, ¿no? Además tiene a su lado a su propia hermana.

—Sabes tan bien como yo que éste no es Larry, sino Gavin Holden.

—Tú mismo reconociste ante el sargento Larry esta tarde, que nunca habías oído hablar de Gavin Holden.

—Supuse que él quería decirme que debía callar. Y a mí en lo que no me va ni me viene, mudo. Escucha… Tú me has ayudado a

veces, anticipándote a la policía. Yo acepté que la chica y Holden, se alojaran de momento en una habitación mía, ya que según ella, a la que tú convenciste, su hermano había sufrido un vahído en plena calle. Pero esto no puede durar. Cuando él despierte, armará un alboroto.

—Despertará tarde, y tiene a su lado la mejor enfermera. Estamos plenamente a cubierto, Compton. Hemos prestado auxilio a un valeroso combatiente.

—Un día te van a fallar todos tus trucos —dijo Compton, pero era evidente que admiraba al «truquista».

—Esta vez juego limpio. ¿Le harías ascos a un par de miles ganados limpiamente?

Masticando su chiclé como un rumiante que medita entre embestir o dormir, que era la actitud sempiterna de Frank Compton, éste replicó:

—El día que tú juegues limpio, será el mismo en que me nombrarán cajero del Nacional.

—Te extrañará, pero estoy jugando limpio, todo a favor de Holden. Era un tipo leal con los de su clase, ¿no? Y lo enredaron miserablemente. Le pasó como a ti con tu combate contra el armenio Habir, ¿recuerdas? ¿No fué una cochinada?

Recordarle su último combate, que le valía la expulsión perpetua de los *rings*, era tocar la cuerda sensible de Compton. Gruñó:

—Y que lo digas. Fué la cochinada mayor que la historia registra. Y al menos, lo sabes reconocer.

—Pues un caso parecido le ocurrió a Holden.

—Holden nunca subió a un *ring*.

—Pero también le dijeron que debía guardar silencio, y creyendo transportar pieles, transportaba opio. Y a ti, creyendo que te tocaba ganar en el segundo asalto, por lo que te dejabas pegar de firme hasta que llegase tu momento, viste de pronto que te habían engañado, y por esto echaste fuera del *ring* al árbitro y a un juez. No supieron caer los muy idiotas…

—Un asco, un asco —dijo, virtuosamente, Compton—. Es mejor no recordarlo. ¿Qué hay de los dos mil de que hablábamos?

—Tu memoria es elefantina, Compton. No te falla. Y tú debes recordar muy bien que por aquí venía Larry Mortimer. Me interesa que escarbes en tu recuerdo si algún marino se entrevistaba con él

aquí, en la época en que Holden llevaba camiones, con Larry.

—Por aquella época yo sólo era camarero, pero lo que sí recuerdo es que el dueño echó del local con buenos modales a Larry y a un marinero.

—Excelente, excelente. ¿Cómo se llamaba el marinero?

—Ni idea.

—¿Qué pinta tenía?

—Psé… Uno como tantos otros. Sólo que había algo en él, que llamaba la atención. ¿Qué era?

—Llevaría un loro azul —masculló Seldom—. ¿Por qué lo echó el dueño?

—Yo era ya suficiente. Me dijo que aquel marinero hablaba de «humo verde» con Larry Mortimer, y que por esto los echó. No quería saber nada de estupefacientes…



No tenía la menor idea de que yo era un contrabandista.

—Opio. Esto es, Compton. Haz memoria… ¿Cómo era aquel marinero?

—Ya maduro. Fuerte, canoso, alto… Eso es. Y tenía una seña… ¿Qué era, demonios? Le vi varias veces por la calle. ¡Toma! Tiene gracia… La tiene.

—¿Qué tiene gracia? —apremió, impaciente, Seldom.

—La seña de aquel marinero. Era una sirena tatuada.

—Hay cientos de marinos con sirenas tatuadas, Compton.

—Pero no como aquél. Su sirena estaba tatuada dentro de una de sus manos. En la palma. No sé si en la derecha o en la izquierda. Cuando el tipo abría la mano y la cerraba, la sirena se daba un meneo graciosísimo. Bueno, ¿qué hay de los dos mil que hablábamos?

—Los ganas si dices una mentira.

—Si sólo fuera eso, tú serías millonario.

—Perderás una hora conmigo, viniendo al «Roler».

—Está aquello podrido de policías, desde que esta tarde mataron frente a la salida a un tal Crosby.

—Lo sé. Yo estaba al lado de Crosby, cuando le largaron plomo desde un soplillo con silenciador.

—Ya me figuraba yo que no regalabas el dinero. Comprendo… quieres que diga que a aquella hora estabas conmigo.

—No. Porque eso ya lo dirá Jessica, si es preciso. Y es más de fiar que tú, ante la policía.

—Eso sí.

—Tu trabajo consiste en que le digas a la patinadora Sarah, que te presentaré, y lo dirás cuando yo te lo pida, que el marinero de la sirena en la palma, era el «colocador» del «humo verde», y que tú sabes dónde está.

—No lo sé, ni siquiera cómo se llama.

—Pero ella, si como no dudo, es parte en el engaño que le hicieron a Holden, picará. Y tú cobrarás los dos mil, tan pronto yo dé con «Mecenas», que podría muy bien ser el marinero.

—Vamos al «Roler». Hace noches que no salgo. ¿Le soplaron a Crosby el plomo por hablar del marinero? Bueno… no importa. Por una vez, la policía es útil, allí metida en el «Roler».

—Eso es. Tú lo has dicho. Por una vez será útil. ¿Quién dispara aunque sea con silenciador, habiendo nubes de policías por allí?

No había nubes de policías, pero sí una discreta vigilancia, ya que continuaban los interrogatorios, sin que por ello, el espectáculo se interrumpiera.

Seldom y Compton se instalaron en un pequeño palco. En la pista de madera corrían en sus vueltas de toma de velocidad, el equipo «Westerner» capitaneado por Sarah Viggot y en el que iba a ser «jamleader» la deliciosa Sonia Lassen.

Frank Compton siguió interesado las evoluciones, devolviendo

en silencio el saludo del que acababa de entrar, y se sentaba de perfil a la pista, de frente a Seldom, tomando por apoyo de sus brazos el respaldo de la silla.

—¿Qué tal, Seldom? —inquirió, amablemente, el recién llegado.

Un hombre rechoncho, macizo, de peludas cejas y chata nariz.

—Ya lo ves, Adams. Gozando de un poco de honesta diversión.

—Ya… —replicó el capitán Adams, de la Brigada de Homicidios del Sunset District—. Tiene usted, como siempre, el cabello muy precioso.

—No me lo tome, Adams.

—Eso quiero yo, que no me lo tome a mí. Le recomendaría un tinte. ¿Es aficionado al «Roler»?

—Regular. Esta misma tarde vine.

—Ah… ¿Reconoce haber estado aquí esta tarde?

—Como uno más de tantos pacíficos y honestos ciudadanos.

—Ya… Ahora recuerdo que una patinadora ha comentado algo acerca de un pelirrojo con cara de «gángster» filosófico y guasón.

—No sé qué tengo, pero las enamoro.

Se levantó el capitán Adams.

—No le importará venir al despacho del promotor, ¿eh?

—De ningún modo, capitán; de ningún modo. Espérame, Frank…

El capitán Adams miró a Compton y dijo:

—Si acaso tarda mucho en volver su amigo Seldom, no se inquiete, porque quedará en buena compañía.

Al término de un pasillo del primer piso, y antes de detenerse ante una puerta, dijo Adams:

—El promotor me ha cedido su despacho. Se está cómodo.

Empujó la puerta, y fué a sentarse tras una larga mesa. Señaló al individuo que estaba sentado con un bloc sobre la rodilla.

—Un taquígrafo, pero no le haga caso, Seldom. Póngase cómodo. Lea la declaración de Sarah Viggot, en sus puntos esenciales, Leslie.

El taquígrafo, hizo correr varias páginas, y leyó:

—«Declara que Crosby la envió en busca de un pelirrojo espectador para que acudiese a su camerino, y que ella obedeció, pero no sabe qué fué lo hablado entre Crosby y el desconocido pelirrojo, porque los dos quedaron a golas en su camerino».

—Puede tratarse de algún otro pelirrojo, ¿no, Seldom?

—Éste no. Éste era yo.

—Ya… ¿Ha oído hablar de algo referente a prestar ayuda a las investigaciones?

—Mucho. Pero, bien sabe que siempre estoy dispuesto a colaborar.

—Ya… Como no puedo interrogar a Crosby, tendré que contentarme con lo que usted me diga acerca de lo que hablaron, y para qué le solicitó Crosby, minutos antes de ser baleado. Tome nota, Leslie.

El lápiz permaneció a escasa distancia del papel. Curt Seldom extendió la diestra como si se dispusiera a jurar.

—Yo no quiero que me retiren la licencia, capitán. Pero desgraciadamente me atribuyen una fama perjudicial.

—Al grano, Seldom.

—Mi deber hubiera sido acudir en seguida, pero no estaba en condiciones físicas. Tengo un balazo en el bíceps izquierdo. Me hice la cura, y fué dolorosa. Cuando me encontré en condiciones, decidí acudir al «Roler», y por cierto, que encontré en mi camino a Compton, el dueño del «Dingo», que también venía aquí, y le dije que tenía que hacer unas declaraciones acerca del suceso.

—Luego le miraré el brazo. Al menos, eso no lo puede inventar.

—Soy toda la verdad, y nada más que la verdad. Estaba yo viendo a los patinadores, cuando se me acercó una espléndida morena, y me dijo que un caballero solicitaba verme en un camerino. Fui…

—¿De qué conocía a Sarah Viggot y a Crosby?

—De nada. A ella la había visto patinar, y a él, lo conocí por vez primera al entrar en el camerino. He de ser rabiosamente sincero. El tal Crosby de buenas a primeras me dijo que sabía que yo era un detective privado, no muy escrupuloso. Me ofendí, pero él me dijo que me necesitaba como «guardaespaldas». Que no podía explicarme de qué se trataba, hasta no salir del local. Que le aguardase fuera, en mi coche.

—¿Tiene usted coche? —inquirió, con fingida sorpresa, Adams.

—Lo alquilé. Un «Chrysler» gris, dos plazas. Me dijo Crosby que tenía la seguridad de que estaban aguardándole cerca de su propio coche. Que no podía acudir a la policía, y que me pagaría a razón

de diez dólares la hora, y mil si yo lograba hacer detener sin complicaciones para él, a los que le esperaban. No dijo más. Acepté. Era turbio el asunto, pero contra la Ley, nada hasta el momento.

—Ya… Llame al señor Viggot, Leslie.

El federal taquígrafo se levantó. Curt Seldom tenía un gran dominio de sus reflejos. No demostró la sorpresa que le había causado la mención de un «señor Viggot».

Salía el taquígrafo y expuso Adams:

—Entonces, usted fué a esperar en su alquilado coche gris, a Crosby. ¿Y qué más?

—Se acercaba Crosby, cuando oí el clásico chupinazo de un silenciador, y vi a Crosby tambalearse. Soy un ciudadano cumplidor de mis deberes, pero no se me puede reprochar nada, si al oír los chupinazos, y sentirme herido, traté de escapar lo más aprisa posible. Llegué a mi despacho, donde no estaba mi secretaria. Me curé como pude, y me desmayé…

—No siga, porque voy a llorar, Seldom. Enséñeme el brazo.

No era fingida la dificultad con la que Seldom se quitó la gabardina. Le ayudó Adams a quitarse la americana y camisa.

Examinó el vendaje de tiras de toallas, y levanto el apósito.

—Indudablemente es reciente, y pudo ser una bala.

—Ésta. La recogí del suelo, cuando recuperé el sentido. Me la extraje con mi cuchillo.

—¿Por qué no fué a un médico? —preguntó Adams, que tras mirar el pequeño plomo, lo introdujo en un sobre.

—En aquellos momentos era el miedo mi consejero. En mi despacho me sentí seguro para dormir, un poco. Tenía vahídos, la cabeza me daba vueltas… Y ya descansado, vine aquí, donde estaba seguro que podría ser útil, prestando mi declaración ante la Ley.

—Fui ya a buscarle, Seldom.

—Pero si acababa de llegar, capitán… Y yo estaba buscando algún colega conocido.

—¿Colega?

—Los dos estamos al servicio de la Ley, capitán.

—No me haga reír, que me sienta mal después de cenar. De momento, todo lo que dice parece creíble. La lástima es que le pasa a usted como al pastor de la fábula. Miente con tanta sinceridad, que el día que sea sincero… Adelante, señor Viggot.

Entró con Leslie, un individuo alto, fornido, de muy negros cabellos. Vestía de azul, y destacaban en el bronceado rostro los claros ojos…

Curt Seldom fué vistiéndose con deliberada lentitud.

—¿Conoce usted a este señor? —inquirió Adams, señalando a Seldom.

—No, capitán. Pero debe ser el detective de que me ha hablado mi hermana.

—Al parecer, el detective Seldom, fué requerido por Crosby, para que le librara de un peligro, dimanante de alguien o algunos, que le estaban esperando cerca de su coche, y a esto se debe la presencia de un «Chrysler» gris dos plazas, ante la salida, y que arrancó al caer mortalmente herido Crosby. No fué pues del «Chrysler» de donde partieron los disparos, puesto que lo guiaba el detective Seldom, en cuyo brazo izquierdo se alojó una de las balas destinadas a Crosby… o a él mismo. ¿No le confió ningún temor su amigo Crosby, señor Viggot?

—Nada en absoluto.

—Llame a la señorita Lassen, Leslie. Es la novia de Crosby. ¿Lo sabía, Seldom?

—He leído la Prensa, viniendo hacia aquí.

—Ya… Resulta un poco extraño que Crosby no se confiara a su novia ni a un amigo, sino a un detective.

—No se confió a mí, capitán. Se limitó a alquilarme como «guardaespaldas», prometiéndome contarme todo el asunto, apenas estuviéramos fuera del local. De todos modos, quizás el señor Viggot, recuerde algo acerca de un tal «Mecenas».

William Viggot encogió un poco el estómago, como el buen boxeador que encaja un repentino derechazo. Miró al detective privado.

—¿«Mecenas»? ¿A qué se refiere, señor Seldom?

—Lo único que podría tener algún significado en lo que me dijo Crosby, en el camerino, fué que el peligro procedía de «Mecenas». Puede ser alguna ciudad del triángulo egipcio al sur de Illinois, donde están Cairo, Theba y Memphis aun más al Sur.

—Que yo recuerde, nunca oí al infortunado Crosby citar dicha ciudad.

—Ni yo conozco ninguna «Mecenas» en los Estados —terció

Adams.

Entró Sonia Lassen con una bata deportiva sobre su atuendo. Llevaba aún el casco protector.

—Este señor es el detective Seldom, señorita Lassen. Al parecer fué requerido por su novio, para qué le protegiera de un ataque que según parece debía partir de alguien o de algún sitio llamado «Mecenas». ¿Oyó alguna vez citar este nombre a su novio, señorita Lassen?

—Nunca —contestó ella terminantemente. Evitaba mirar a Seldom.

El capitán Adams pareció pensar en voz alta al decir:

—Un testigo que pasaba por la otra acera, declaró que había visto surgir fogonazos de una ventana del primer piso. La ventana que él señaló, corresponde a los lavabos, y había esta tarde según el billetaje vendido, trescientos once espectadores a la hora en que murió Crosby. Casi una suerte —añadió con sarcasmo—. Por la tarde, el local no se llena hasta las siete. El qué disparó ocupaba uno de los pisos altos, o subió de abajo.

Recogió su gabardina y sombrero.

—Buenas noches. Mañana a las diez, en mi despacho nos veremos, Seldom. Leslie le traerá la lista de los que deberán prestar declaración, señor Viggot.

El oficial abandonó el despacho, seguido por Leslie. Fué Seldom a cerrar la puerta, y comentó:

—Es un zorro de cuidado el capitán Adams.

—¿Me necesita para algo, Williams?

El promotor denegó con la cabeza a la pregunta de Sonia Lassen, que se dispuso a irse. Al pasar ante Seldom, murmuró:

—Mañana diré todo lo que ahora me callo, Seldom.

—Muy buenas noches, señorita Lassen. Mañana a las nueve pasaré a visitarla, señorita Lassen. Creo que podré darle noticias exactas que la tranquilizarán en cierto modo, porque la moraleja de que el crimen nunca rinde, es rotundamente cierta.

Sonia Lassen calló, y de nuevo ofició Seldom de portero. Ahora era William Viggot el que se sentaba tras la mesa, y ocupaba el sillón abandonado poco antes por el capitán Adams.

Curt Seldom fue a sentarse en el borde de la mesa, de lado.

—Desagradable este asunto, Viggot. Será una buena publicidad

durante unos días, y gente que nunca ha venido, vendrá para ver el lugar del crimen callejero. ¿Tiene algo que decirme, Viggot?

—Cuanto he dicho a la policía. Ignoro en absoluto quién pudo tener motivos para asesinar tan cobardemente a Arthur Crosby.

—Privadamente, puedo confiarle un secreto, Viggot. ¿Desea oírlo?

—Todo lo que contribuya a detener al asesino, me interesa.

Curt Seldom abandonó su provisional asiento. Guiñó un ojo:

—Buenas noches, señor Viggot.

—Un momento… ¿No hablaba usted de confiarme algo…?

—Mañana a las nueve de la mañana. Dígaselo así a Sarah. Ella comprenderá…

Cerca ya de la puerta, sin perder de vista a William Viggot, añadió Seldom:

—Se refiere a dos desconocidos, que pueden ser un solo personaje. Tiene usted el cutis muy bronceado, señor Viggot. Un marinero listo… que lo seguirá siendo, si convence a Sarah, ex Teresa Holden. Buenas noches, señor Viggot. Puede verme cuando quiera en casa de mi principal testigo. Frank Compton, dueño del «Dingo». Estaré en el «Dingo», a partir de ahora, y sin dormir, hasta mañana en que iré a visitar al capitán Adams. Y pensaré también en teñirme los cabellos…

William Viggot permanecía sentado, rígido, contraído el estómago, y a plano las dos manos sobre los brazos del sillón. Curt Seldom, salió de perfil, caminando algo grotescamente.

Cerró desde fuera con un tirón, y comentó:

—Un feo vicio el escuchar tras las puertas, monada.

Sarah Viggot permaneció inmóvil, hundidas las manos en los bolsillos de su abrigo. Habló roncamente:

—Mi hermano no lleva ningún tatuaje marinero, ni nunca ha navegado. Está usted plenamente equivocado, Seldom. Larry le ha engañado a usted, porque fué de veras mi marido Gavin el que se quemó con el camión. Y ahora quiere Larry hacernos chantaje. ¿Ha mirado usted por casualidad la palma de Joe Mortimer?

—No me diga…

—Lo podrá comprobar cuando la policía le detenga por facilitar la labor de un chantajista. Hubiera preferido no explicar a la policía que Gavin me hacía tomar parte en un contrabando de pieles. Que

por eso huí de su lado. Y ahora Larry pretende explotar mi pasado, porque mi hermano y yo nos hemos enriquecido.

—Cuéntemelo todo en el «Dingo». Trate de demostrarme que su hermano William no es el marinero que fué también el supuesto «Mecenas». Pero para convencerme traiga cincuenta mil dólares. Hasta luego, monada.

Ella no hizo el menor gesto amenazador ni de retención hacia el pelirrojo detective.

En el palco, Frank Compton miraba sin interés las brutales caídas y veloces escapadas de los patinadores masculinos.

—Vámonos, Frank. He puesto ya el detonante y el barril puede estallar.

Aprovecharon para salir uno de los descansos, mezclándose a los que abandonaban el local o entraban.

Corriendo alcanzaron un autobús, en cuyo piso alto, desierto, dijo Compton:

—No entiendo todo este tejemaneje, Seldom.

—No tardarás en comprenderlo todo. Me admirarás, Compton.

—¿Has averiguado ya quién mató a Crosby?

—El testimonio de Crosby podía echar por tierra la fortuna de «Mecenas», y éste lo mató. Cuando vengan Teresa y su hermano, todo quedará en regla. Si pasan, callo. Y ahora déjame meditar para poner cada cosa en su lugar.

Antes de transponer el umbral de su café, preguntó Compton:

—¿Has contado con la reacción del soldado cuando despierte?

—Si despierta…

Calló Compton, y para poco después, abriendo una puerta, mascullar:

—¡Resuelve esto, sabelotodo! Tu dormilón y su nana han volado.

En la habitación donde antes estaba bajo los efectos de la morfina Gavin Holden, y a su lado esperaba Jessica Mortimer, no había nadie. Sólo un papel colgando de la cabecera, atravesando la perilla de luz.

> «Es preferible no molestar al señor Compton. He trasladado a Larry con la ayuda de mi padre, y en su coche, a su oficina, señor Seldom».

—¡Maldición! —imprecó Seldom—. Nunca te fíes de una mujer, Compton. Voy allá y despacharé a Joe Mortimer hacia su establo. Si viene Sarah y lleva el dinero, hazme un favor… Acompáñala a mi oficina. No dormiré en toda la noche esperando… hasta las nueve de la mañana.

CAPÍTULO XII

Eran las doce de la noche. En el despacho, envuelto en una manta y una sucia colcha sobre un raído diván, Gavin Holden respiraba acompasadamente.

Curt Seldom mantenía abierta la puerta del despacho, paseando por la antesala. En mangas de camisa, ostensible la funda pistolera, tenía un aire natural de truculencia.

Un gran pañuelo azul le servía de cabestrillo para el brazo izquierdo.

Cesó en sus paseos, retrocediendo hasta la puerta del despacho, cuando oyó pisadas acercarse.

Apareció Sarah Viggot, y tras ella Frank Compton.

—Celebro que haya sido razonable, monada. Cierra la puerta, Frank. Es muy confidencial la charla que vamos a sostener Sara y yo.

Cerró Compton y avanzó ella, mientras Seldom se instalaba en su sillón, tendiendo las piernas para colocarlas sobre la mesa.

—Seamos breves, Sarah.

Ella miró con inquietud al que dormía.

—No hay temor. Lleva morfina para dormir veinticuatro horas. Conseguí alejar a Jessica, que ha vuelto con Joe a la granja. Han dejado el asunto en buenas manos, confiando en mí plenamente. ¿Trae usted el argumento decisivo, Sarah?

Ella arrojó sobre la mesa un paquete cuyo envoltorio era una hoja de periódico.

—Sólo hay veinticinco mil, Seldom. El resto cuando haya embarcado hacia… donde sea, este hombre. Puede contar.

—¿Los billetes o lo que sé?

Rebullóse un poco Gavin Holden, y Teresa Holden saltó en

respingo temeroso.

—Aun los que están con soporífero, se remueven en su sueño. Oye, Frank; me ha dicho Jessica que le diste una ampollita doble.

—Era poca la dosis primera y no quería líos en mi casa —dijo bruscamente el dueño del «Dingo».

—Bien hecho. Bien, ya está todo en regla. Apartaré tus dos mil prometidos, Compton y buenas noches, monada.

—No basta… Hemos de tener la certeza de que este hombre no importunará.

Curt Seldom sonrió. Sus ojos tenían una fosforescencia felina, mientras introducía en el cabestrillo el fajo de billetes.

—Explícaselo, Frank… Díselo a ella, que ya nunca más volverá a molestar Gavin Holden.

—¿Yo? ¿Qué sé yo de todos tus líos?

—Dele un beso a su marido, Teresa. El beso frío de la despedida. Y puede ir en busca del resto. Yo cargaré con el muerto. «Mecenas» eliminó sabiamente a un comprometedor testigo.

Ella sentándose, murmuró:

—¿Qué está… diciendo, Seldom?

—Gavin tiene en sus venas un exceso de cardiotónico. Era lo que contenía la ampolla que recibió Jessica. ¿No lo sabía, Teresa? No, no lo sabía. Esto casi lo aseguraría, pero en cambio sí sabía que Gavin llevaba opio en su camión.

—¡Mi hermano nada sabe, lo juro! —clamó ella, algo incoherentemente—. Y tampoco yo quería que Gavin muriera… ¡Es horrible todo esto!

—Tarde es para patetismos, Teresa. ¿Por qué me miras tan poco amigablemente, Compton?

El ex luchador, bajo el dintel de la puerta, se encogió de hombros.

—Ni pincho ni corto en todo esto, piel roja.

—Éste es tu talento. Parecer que no pinchas ni cortas, «Mecenas».

Frank Compton mostró los incisivos en sonrisa bestialmente despectiva:

—Si es chiste, busca otro mejor.

—Lo que no es chiste, es que apenas termine mi exposición talentuda, os podéis ir muy lejos de California, porque al despertar

este heroico camorrista, os hará trizas donde os encuentre. ¿Cómo podía yo saber que era un fuerte cardiotónico, lo que contenía la doble ampolla, si no me la hubiera entregado Jessica? Reflexiona, Compton. Y medita también que dentro del cabestrillo, además de los billetes, premio a mi labor, hay un pistolón… No, no me interesan los cadáveres de bestias, como tú, que saben disimular tan bien su astucia. Pero te falló conmigo. ¿Conque un marinero y una sirena tatuada, eh? ¿Y que iba gritando por doquier que tenía «humo verde», eh? El marinero lo inventaste para embarcarme y darme mareo.

Frank Compton volvió a encogerse de hombros, mientras Teresa Holden parecía fascinada por el hombre que dormía…

—Tuve un extraño pensamiento, una de esas intuiciones fulgurantes que obligan a ver las cosas bajo prisma diferente al inicial. ¿Por qué Crosby daba por seguro que, a su regreso, Mortimer iría al «Dingo»? No porque lo iba a llevar yo, no. La explicación es sencilla. Si bien retrataron al cabo y al sargento Mortimer, no aparecieron sus fotos en la «Gazett». Lo he comprobado. Era pues, a Larry Mortimer al que esperabais. Y él iría al «Dingo». A verte. ¿Por qué? Y también pensé en tu profundo asombro al verte ante Gavin Holden. Y por último, al yo pensar en un marinero que trajese el opio, pensé que no necesitaba montar todo aquel tinglado. No, no… El tinglado de los camiones, fué solamente para encontrar el «tapabocas». Sería Holden el que cargaría con todas las responsabilidades. Tú tenías el alijo, pero no podías distribuirlo. Lo hicieron Mortimer, Crosby y Parkington. Y remontando en la historia del pasado, hay fotos de tus combates que atraían a damitas histéricas. En primera fila, Teresa… Y tú con ella, retratados en un club nocturno. El resto era fácil de deducir. Larry sirvió de tercerón, engañando miserablemente a Gavin. El opio sería distribuido, y si los federales entrasen en sospechas, sería Gavin quien se la cargaría, y cuando empezaron las sospechas, escribió ella a Gavin como una esposa desesperada. Y se fué. En Nueva York, su hermano aceptó el capital que ella aportaba… Nueva vida. Y vosotros creyendo que Larry había huido asustado, enrolándose en los voluntarios, esperando su muerte heroica. Su regreso era una broma pesada, ¿verdad, Compton? Y Crosby era un flojo, que se asustaba fácilmente. Y yo un granuja, que ayudaría a

Holden. Era preciso eliminar a Crosby. Después que lo hiciste, tranquilizaste a Teresa. Siempre seguiría ella siendo la honesta esposa que abandonó un marido perverso. Y a quien le cargarían «el muerto»… —Miró a la mujer y preguntó—: ¿Convenciste a tu hermano de que yo era un imaginativo, monada?

Ella asintió en silencio. Se levantó:

—Me iré, Seldom. No quiero que este hombre sufra ningún daño. ¿Me has oído, Compton? Vámonos…

—Tanta delicadeza me enternece, señora. Holden —ironizó una voz—. Por suerte tu ex esposo sabe ya lo indigna que eres… ¡Corre, Compton!… ¡Corre, Teresa!… ¡Un muerto que resucita!

La regocijada expresión de Seldom era impresionante, contrastando con fría furia plasmada en el semblante del que, apartando manta y colcha, se incorporaba lentamente del diván, posesos los ojos de una demoníaca luz vengativa.

Frank Compton vió el arma que oscilaba en la diestra de Seldom, siempre sentado…

Teresa Holden corrió frenéticamente hacia la antesala. Frank Compton la siguió con zancada veloz.

—El enemigo se retira, sargento Mortimer. ¡Sus y a ellos!

Por la escalera, a saltos, Compton llegó al umbral, mientras tras él, gritaba Teresa Holden:

—¡Frank, Frank!

En lo alto de la escalera, Gavin Holden crispados los puños, inició el descenso, sin prisas, con inexorable frialdad.

Curt Seldom terminaba de abrochar su gabardina.

—Era de suponer —comentó, viendo cómo precipitadamente entraban los dos en el viejo «Studebaker», dejado por Jessica Mortimer.

Antes de arrancar, oyó aún Frank Compton:

—Los cogeremos, sargento Mortimer.

El «Studebaker» trepidó alejándose por la estrecha calle. Corrió Holden, y tras él Seldom, cuyo rostro continuaba siendo una máscara de complacida malignidad.

Penetraron los dos en un taxi y apremió Holden:

—Sigue aquel coche, pronto.

El «Studebaker» distaba un centenar de metros en la recta del Pacific Street.

—He sido hasta ahora un juguete a tu albedrío, Seldom, y resolviste el enigma. Obedecí tu petición, y me limité a escuchar. Me costó mucho. Ahora… cuando les demos alcance, no te interpongas…

—No lo haré, pero espera a estar fuera de la ciudad. ¡Chofer! Sígueles de cerca, pero sin forzar el motor, hasta que no estemos en campo libre. Y no te inquietes. Servicio de policía.

El «Studebaker» tomaba la orientación sur.

—El pánico ha surtido su provechoso efecto, sargento Mortimer. Está conduciendo como un loco ese bestia. Pero tendrá que frenar en la carretera de Santa Clara. Esto es lo bueno de nuestra ciudad, sargento Mortimer. En cualquiera de sus salidas, por su posición, hay bajadas, y los frenos deben actuar. Les daremos alcance…

El «Studebaker» remontaba la Twin Peaks, y siguió diciendo Seldom:

—Sin acelerar, chofer. Hemos de darles alcance fuera de la ciudad. Acércate más, hasta darles foco en el piloto. Ella está como loca… Serán remordimientos tardíos, o puro pánico. Y él, sólo piensa en escapar ahora y ver después el modo de quitarnos de en medio. Un bestia…

El «Studebaker» coronó la cima, para empezar el descenso de la carretera de las Twin Peaks, que presentaba una inclinada pendiente en su confluencia con la carretera de Santa Clara.

Tenso el cuerpo, Gavin Holden apremió:

—¡Acelera!

El chofer al coronar la cima, protestó:

—¡Ni hablar, por más policías que sean! Bajar como lo está haciendo el loco ese del «Studebaker» es… ¡Fíjense!

En la recta pendiente de pronunciada rampa, el «Studebaker» bajaba a vertiginosa velocidad, zigzagueando su tren posterior…

—¡Le fallan los frenos! ¡Se va a estrellar! —clamó el chofer del taxi, que frenaba con alarmado temor.

Un motorista del tráfico surgió de un cruce…

Algún transeúnte se detuvo, gesticulando… Gavin Holden se cubrió el rostro con las manos.

En trágica desnivelación, derrapando en embarbada silbante, sin frenos, el «Studebaker» chocó primero con una rueda posterior contra el bordillo, al intentar virar a una calle lateral.

Se atravesó casi en la carretera de aguda pendiente, reanudando su redoblada velocidad, de lado, en voltereta impresionante, derribando un banco, y enfiló violentamente la acera para empotrarse de pleno contra una fachada.

Pareció querer ascender, y una llamarada brotó del depósito.

El chofer del taxi paró en la calle adyacente, y sus ocupantes se apearon. Un segundo motorista de tráfico salió de otra calle y se acercó al primero. Juntos, sin las máquinas, corrieron hacia el siniestrado coche.

—Le molestarán con testimonios, amigo —dijo Seldom al chofer, tendiéndole un billete y mostrando a la vez un carnet, que el taxista no leyó.

Estaba pálido, y murmuró:

—Gracias. Ha sido espantoso… Tardaré unos días en conducir normalmente. Necesito un trago. Adiós, señores.

Gavin Holden, lentamente, fué aproximándose al «Studebaker», que ardía en su parte delantera.

Los dos motoristas empleaban el apagafuegos. Uno de ellos ordenaba:

—¡No se acerquen, no se acerquen! Telefonee cualquiera al 36 Doble Urgencia…

El otro dejó de presionar el émbolo. Chirriaba, apagándose, el fuego. Masculló:

—Están hechos papilla. Otra consecuencia de no revisar los frenos… Estaban secos… Verás como tengo razón.

Curt Seldom tocó en el brazo a Gavin Holden.

—Vámonos, sargento Mortimer. Esto se ha acabado.

Dócilmente obedeció Holden, reemprendiendo cuesta arriba aquella pendiente que había sido la final para Frank Compton y Sarah Viggot.

—Ya terminó la banda completa, sargento Mortimer. Cenizas… Todo cenizas… La humana justicia nada tiene que ver ya con esto. Debe usted volver a la granja, sargento Mortimer. Yo me entenderé con el capitán Adams, si quiere preguntarme algo. ¿Llamo a un taxi, sargento Mortimer?

Asintió Gavin Holden. Había visto morir a mucha gente, pero la muerte de una mujer a la que aun ignoraba si persiguió para implorar o para matar, le sumía en hondo estupor.

Entró en un taxi, y fué Seldom el que dió la dirección de la granja de Pinar Nevado, añadiendo:

—Mañana le visitaré, a primera hora, sargento Mortimer. Creo que dormiré poco.

En otro taxi, se dirigió Seldom a su oficina. Una vez en el lavabo rebuscó hasta encontrar la toalla con la que se había limpiado las manos, antes de que le visitaran Teresa Holden y Frank Compton.

Estaba llena de estrías de grasa. Pensó, asombrado, en lo difícil que resultaba quitarse aceite de frenos si no se empleaba gasolina. Roció con el resto de gasolina la toalla, y prendió fuego.

—Cenizas, todo cenizas… —masculló—. Supuse que sólo huirías tú, Compton. Y que hubiera sido fácil convencer a Teresa para que todos ignorasen el regreso de Gavin Holden, dejando que siguiera la redención del sargento Mortimer. No siempre las cosas salen como uno se propone, por más listo que uno sea.

Marcó un número de teléfono. Le replicaron que el capitán Adams no estaba en comisaría.

—… Búsquenle y díganle que es urgente se entreviste con el detective Seldom. He encontrado ya al asesino de Crosby, pero ha huido en dirección Sur.

Colgó, para marcar otro número. Allí esperaban ansiosamente:

—… ¿Es usted, señor Seldom?

—… El mismo, Jessica. Va hacia allí el sargento. Mímele… Puede cogerle aprecio a su grado. Iré a verles mañana a primera hora.

Colgó el auricular, y satisfecho se mojó el pulgar. Deslizábanse crujiendo los billetes.

—Hacer el bien, sin mirar a quién, y ser recompensado efectivamente es consolador.

Sonó el teléfono. Se dispuso a escuchar:

—… Al parche, Agencia Seldom.

—… He intentado repetidamente telefonearle desde que en vano he querido encontrar a mi hermana.

—… Mal asunto, señor Viggot. Usted lo ignoraba, pero su hermana, con Compton y Crosby, formaban hace dos años y medio una banda de traficantes. Murió Holden y murió Parkington. Tengo que denunciar lo que sé al capitán Adams. Lo siento. Entrevístese con el capitán Adams, porque su hermana y Compton han huido.

Dejó el teléfono, mirando con solemne expresión al que entraba.

—No he perdido la noche, capitán. Instálese cómodamente. Vino a visitarme esta tarde un heroico sargento llamado Larry Mortimer, medalla al mérito personal de valor demostrado. Tenía leve amnesia, y deseaba saber si yo conocía a un tal Compton. En el frente, un soldado le había contado que el tal Compton traficaba en opio con unos tales Parkington y Crosby; dirigía la banda, creyendo que se trataba de pieles, un tal Gavin Holden, que murió aplastado bajo un camión ardiendo. Ésta es la versión escrita que tomó Jessica Mortimer, ante mí, y que le reproduzco verbalmente, porque lo he sabido con certeza hace unos instantes, cuando al citar a Compton y a una tal Sarah Viggot, ex esposa del difunto Holden, tuve que esgrimir mi arma… Huyó Compton con ella, y suyos son, capitán. Se llevaron el único coche de que disponía. Un viejo «Studebaker» que me dejó aquí Jessica Mortimer, la hermana del héroe, que esta tarde sufrió un vahído en plena calle…

Adams cogió el teléfono, y marcó dos números. Notificó:

—… Disposición ordenando la captura de Frank Compton y Sarah Viggot, que tratan de huir en un «Studebaker», viejo tipo, matriculado a nombre de Mortimer.

Tapó la boquilla. Dijo Seldom:

—Compton mató a Crosby, por temor de que éste los delatara.

—… Acusados de tráfico de drogas, y sospechosos de asesinato en la persona de Arthur Crosby. Comunique urgente a todos los puestos situados en radio de cien millas.

Colgó el aparato, y fué tomando nota de cuanto explicaba a su modo Curt Seldom. Quedaba muy claro, y comentó al cerrar su bloc:

—¿Por qué no acudió apenas le habló el sargento Mortimer?

—Llevaba un certificado de amnésico. Quise comprobar si había veracidad en lo que contaba. Hice un experimento con William Viggot, y comprobé que realmente ignoraba la verdad sobre la viuda de Holden.

—Es extraño que… no intentara sacar provecho con Compton de lo que sabía.

—Estaba de por medio un honorable héroe, y además, me complace demostrarle que la fama es injusta conmigo. Soy listo, pero no abuso, capitán.

—Así sea. Tan pronto atrapemos a Compton y a la mujer, le avisaré.

—Estoy muy fatigado, capitán.

—En realidad, su testimonio puede deponerlo mañana. Descanse, Seldom. Y por esta vez, celebro que no se haya pasado de listo.

—Sé con quién me juego la licencia, capitán. Buenas noches.

* * *

Sonia Lassen intentaba dormir. El teléfono repiqueteó en su mesita.

—… Al habla Seldom. Leerá en los periódicos la trágica muerte de Sarah Viggot. Murió en accidente de coche. Conducía Compton, el que mató a Crosby. Asunto viejo de tráfico de drogas. Se ha descubierto gracias a la declaración que me hizo el sargento Mortimer. Por cierto, el sargento Mortimer opina que es usted adorable y puro oro de ley. Volveré a llamarla, monada.

* * *

Gavin Holden asentía. El viejo Mortimer parecía haber perdido todo su temor.

—Es lo mejor, Larry. Si mi hijo te engañó, cara pagó su culpa. Tú honras nuestro apellido. Vida nueva, Larry. No te vendimos una identidad, como creías. Preferimos no ensuciar el nombre… del que había muerto.

Gavin Holden volvió a asentir, levantándose:

—Tienen razón. Es cierto lo que dice Jessica… A nadie beneficiaría que yo volviera a ser el *tough* Holden. Volveré a enrolarme.

Cuando apareció Seldom, conduciendo un «Ford» pagado en su primer plazo, Gavin Holden hizo dos gestos torpes. Palmotear el hombro de Joe Mortimer y acariciar la mejilla de la aun asustada tía Rosa. Después titubeó ante Jessica, la cual adelantó el rostro. Fué fraternal el beso…

En el coche, se instaló Holden. Lucía de nuevo el uniforme.

—Un día espléndido, sargento Mortimer. ¿A dónde le llevo, después de declarar ante el capitán Adams, según la versión escrita en poder de Jessica, que supongo habrá ya asimilado?

—A cualquier parte. Me da igual. Cuanto antes, quiero volver allá.

—Me ha telefoneado Sonia. Dice que es usted un muchacho «oro puro». Y está agradecida. Le evitó usted casarse con un maleante.

—¿No lo soy yo?

—Usted es el sargento Mortimer.

—Escuche, Seldom… No sé todavía si es usted un granuja o no… Recuerdo que en el taxi hizo un comentario sobre frenos…

—No sea mal pensado, por favor. No tengo la soberbia de reemplazar la humana justicia, con sus fallos… Fallaron los frenos, eso es todo. La mano del Destino, que le permite disponer de una familia, y de un heroico presente. Le envidio… Es una monada Sonia Lassen, y con doce mil quinientos dólares se puede montar un negocio sano. Transportes, por ejemplo. Puro y honrado transporte.

—No dispongo de ese dinero.

—Yo se lo presto, sargento. Me la devolverá con un uno por ciento de interés. No diga nada… Todo son cenizas del pasado. Edifique su porvenir… y ¿no recuerda lo que dijo Sonia? Estaba harta de patinar.

EPÍLOGO

—Buenos días, fea —sonrió, eufórico, Seldom.

La palmada resonó «compacta», y ella protestó por pura forma:

—Pueden vernos.

—Bésame, fea. Y toma este billete. Déjame en paz durante un año, acerca de sueldos y demás. He convertido a un héroe vulgar en un héroe sublime. El sargento Mortimer no vuelve a la guerra… pero se casará. No cabe duda… Ni me han visto al irme. Ella le preguntaba si le gustaban los niños, y ¿sabes lo que contestó él? Que una mujer como ella no debía patinar. Al saco. Cierra la puerta, monada. La Agencia Seldom descansa. Rapidez y eficacia… Tira el chicle, monada, que me sobra dinero para comprar uno propio.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.


RIP

Notas

[1] *Tough*. Expresión de argot para designar a los camorristas. Traducción literal: «duro». < <